



LA MUÑECA

Carmela Eulate Sanjurjo

NOVELAS en la FRONTERA

Esta colección recupera la tradición de la novela corta en una zona desdibujada en las cartografías literarias de América Latina: la frontera sur de México, Centroamérica y el Caribe de lengua española. Con la novedad de este corpus, buscamos propiciar su lectura y estudio, así como el reconocimiento y la diversidad de los vínculos geográficos, históricos, culturales y literarios de estas fronteras, abiertas al diálogo en el tiempo y en el espacio.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



LA MUÑECA

CARMELA EULATE SANJURJO

Natalia Cisterna y Lucía Stecher
Presentación

Novelas en la Frontera

EQUIPO EDITOR DE LA COLECCIÓN



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

Carmela Eulate Sanjurjo, *La muñeca*
Primera edición digital: 26 de agosto de 2020
D.R. © 2020 Universidad Nacional Autónoma de México
Avenida Universidad 3000
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán
Ciudad de México

Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s. n.
Ciudad Universitaria, 04510, Ciudad de México

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales
Ex Sanatorio Rendón Peniche
Calle 43 s. n. entre 44 y 46
Col. Industrial, 97150
Mérida, Yucatán, México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Avenida Universidad 3000
Torre II de Humanidades piso 3
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán
Ciudad de México

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)
ISBN: EN TRÁMITE

Este libro se realizó con apoyo del Proyecto CONACYT CB 255210,
coordinado por Gustavo Jiménez Aguirre

Esta edición y sus características son propiedad de la
Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. <i>La muñeca</i> de Carmela Eulate Sanjurjo: la desarticulación de los modelos de femineidad patriarcal <i>Natalia Cisterna y Lucía Stecher</i>	5
---	---

La muñeca

I. Estaba realmente hermosa con su traje de raso blanco	29
II. Tomaron una casa situada en una de las calles principales de la ciudad	39
III. Por entonces se presentó en la ciudad el hermano menor de Julián	49
IV. Lasaleta empezó a entregarse a la política	61
V. Lasaleta acabó de cerrar los cajones	73
VI. La llegada de una compañía de ópera le proporcionó el medio	81
VII. Desde aquel momento Rosario se consideró vencedora	89
VIII. Julián estaba al día siguiente en pie	97
IX. Volvió Teresa a la sala, y para entretenerse mientras llegaba Rosario	107
X. Estaba muy adelantada la tarde	117

Noticia del texto	125
Carmela Eulate Sanjurjo. Trazo biográfico	127

PRESENTACIÓN

La muñeca de Carmela Eulate Sanjurjo:
la desarticulación de los modelos
de femineidad patriarcal

Natalia Cisterna y Lucía Stecher

Es un desafío interesante prologar una novela como *La muñeca* de Carmela Eulate Sanjurjo, cuya historia está estrechamente ligada al texto introductorio con que fue publicada en 1895. Ese primer prólogo fue escrito por Manuel Zeno Gandía (1855-1930), médico y escritor puertorriqueño considerado el exponente más importante de la corriente naturalista en su país.¹ En el texto que escribió para presentar la novela de la joven Carmela Eulate —tenía 24 años cuando la publicó—, propuso una lectura guiada por las concepciones del Naturalismo sobre la que volveremos más adelante. Lo

¹ Puede consultarse el prefacio de Manuel Zeno Gandía a la primera edición de *La muñeca* aquí: <http://www.lanovela-corta.com/novelas-en-la-frontera/prefacio-la-muneca.html>

que por el momento nos interesa destacar es la importancia del prefacio de Zeno Gandía, tanto para que la novela fuera publicada y circulara en el campo literario de su época, como para que no desaparezca del todo de la historia literaria de su país.

En sus estudios sobre la escritura de mujeres del siglo xix y las primeras décadas del xx, la crítica feminista ha identificado una serie de estrategias desplegadas por las autoras para facilitar su acceso a la publicación y circulación de sus obras. Entre estas estrategias tiene un rol muy importante la de solicitar prólogos a autores consagrados del campo cultural. Estos paratextos constituían importantes respaldos simbólicos en contextos en que se desconfiaba de la capacidad de las mujeres para dedicarse a la literatura. Así, si un escritor consagrado afirmaba que el texto de una mujer valía la pena, la resistencia a publicarlo y leerlo se reducía considerablemente. Por otra parte, el estudio de la historia de muchas literaturas —tanto nacionales como regionales— muestra que el hecho de que una mujer gozara de lectores y reconocimiento en su época no garantizaba que su nombre permaneciera en el canon literario. Muchas autoras decimonónicas —como Clorinda Matto de Turner del Perú, Soledad Acosta Samper de Colombia, Ana Roqué de Puerto Rico, entre otras— pasaron de un importante nivel de presencia pública a

desaparecer totalmente de la memoria literaria de sus países. Los trabajos de la crítica literaria feminista desde 1980 en adelante han sido fundamentales para recuperar voces e historias de mujeres que aportaron con su creatividad e inteligencia a las letras de sus países.

Debido en gran parte a que Manuel Zeno Gandía escribió un prólogo en que se dedica más a reflexionar sobre sus concepciones literarias que a comentar la novela de Carmela Eulate Sanjurjo, *La muñeca* quedó unida a una especie de salvavidas que la rescató del olvido en el que continúan otras novelas de la autora (y de muchas otras escritoras). Los especialistas en la obra del naturalista se han preocupado de que ese prólogo siguiera en circulación, lo que ha permitido cierta permanencia de la novela. Sin embargo, junto con el prólogo de Zeno Gandía pervivió también la lectura que éste ofrece de la novela, la que no repara en la complejidad de su arquitectura narrativa y del tratamiento de los temas que aborda.

Lo que Manuel Zeno Gandía lee en *La muñeca* responde a un conjunto de expectativas y discursos propios de los sectores hegemónicos de su época. A lo largo del siglo xix las élites de los países latinoamericanos buscaron impulsar proyectos que permitieran transformar y modernizar sus sociedades. Aún cuando Puerto Rico siguió siendo colonia de España hasta 1898 —pasando

después de la guerra hispanoamericana a manos de Estados Unidos—, sus clases dominantes compartieron con sus pares latinoamericanas el objetivo de llevar a sus sociedades hacia el “progreso” y la modernidad. En este marco la pregunta por el rol de las mujeres fue central, sobre todo en lo que respecta a las que formaban parte de las clases acomodadas. Se asumía que su lugar era la casa y la crianza de los hijos, es decir, su principal rol se vinculaba a la reproducción social. Pero la crianza ya no debía estar guiada por supersticiones y saberes premodernos —acá podemos recordar la temprana crítica que hace el narrador de *El Periquillo Sarniento* (1816) a la forma supersticiosa en que fue criado por su madre y nodriza—, sino por nociones modernas de educación. A lo largo de todo el siglo XIX hombres y mujeres participaron en intensos debates en torno a las formas, los límites y horizontes que debía tener la educación de las mujeres.

Si en *El Periquillo Sarniento* la crítica está dirigida principalmente hacia una crianza basada en saberes populares —descalificados como supersticiones—, lo que en una primera lectura parece ofrecer *La muñeca* es una reconvencción a las mujeres que orientan su vida en torno a valores aristocráticos. Entre estos destacan negativamente la frivolidad, el amor por el lujo y la ostentación y el privilegio de una sociabilidad pública por

sobre la domesticidad. Vista de esta manera, la novela de Carmela Eulate participaría del proyecto hegemónico de transformar a las mujeres en verdaderos “ángeles del hogar”: abnegadas, sumisas, bondadosas, totalmente satisfechas con sus roles de madres y esposas. Sin embargo, la lectura atenta de los distintos discursos que atraviesan el texto y el análisis de los personajes y sus trayectorias permite interpretar *La muñeca* como un texto que tempranamente plantea perspectivas críticas con respecto a la función social de las mujeres. Como veremos, ni el modelo aristocrático que piensa a las mujeres como adornos, ni el burgués que ve en ellas un elemento moralizador, constituyen alternativas que permiten su desarrollo como sujetos autónomos.

Lo que nosotras proponemos en este prólogo sigue la línea de lo que ha hecho la crítica feminista latinoamericana en las últimas cuatro décadas: releer los textos tanto a la luz de las demandas ideológicas y estéticas de las épocas en que fueron escritos como de las nuevas herramientas teóricas y metodológicas que permiten dar cuenta de su complejidad interna. La consideración de los horizontes de producción y recepción de los textos permite tener en cuenta los tipos de géneros y subgéneros literarios más recurridos y accesibles en un periodo de formación de lectores. Para poder participar de los campos literarios de su época las

escritoras tenían que tomar en cuenta esas consideraciones genéricas —moduladas en términos de género literario y también sexual— y desplegar un conjunto de estrategias que les permitieran explorar construcciones alternativas de lo femenino sin ser expulsadas del campo literario. El concepto de “tretas del débil”, propuesto por Josefina Ludmer en su análisis de la *Respuesta a sor Filotea de la Cruz* de sor Juana Inés de la Cruz, da cuenta de cómo las personas ubicadas en lugares subalternos deben recurrir a tácticas para hablar de temas que la sociedad no considera apropiados para ellas.

Para los sectores letrados del Puerto Rico finisecular la literatura debía contribuir al mejoramiento de su sociedad. El siglo XIX se había caracterizado por el aislamiento y la pobreza de la isla, donde la desnutrición, el hambre y el alcoholismo golpeaban a gran parte de la población. Las élites consideraban que existía un componente moral en el atraso de su sociedad y responsabilizaban al pueblo por su supuesta falta de disciplina en el trabajo, su alto consumo de alcohol y su tendencia a vivir en concubinato. Frente a este diagnóstico, las mujeres aparecían como sujetos claves y se les apuntaba como responsables, pero también como posibles agentes de cambio. Así, por un lado, las mujeres populares eran censuradas por su supuesta promiscuidad y por no respetar el vínculo matrimonial. Las mujeres

de clase acomodada, por otro lado, eran consideradas frívolas y coquetas. Para cumplir su rol de madres de la patria y moralizadoras de la sociedad, las mujeres de ambos sectores debían cambiar. El cuento “Sara la obrera” (1895) de Ana Roqué puede ser leído como un esfuerzo pedagógico orientado a las clases populares, las que debían aprehender el valor de la virginidad femenina y del matrimonio. *La muñeca* de Carmela Eulate, por otra parte, representaría, según Zeno Gandía, un esfuerzo por mostrar lo que ocurre en los sectores altos cuando las madres no educan bien a sus hijas, de lo que resultan mujeres frívolas y caprichosas. En su concepción, sólo una educación y control adecuados pueden proteger a la sociedad del despliegue casi maléfico de la naturaleza femenina: “Una mujer es algo desprendido de la mano de Dios, pero si la arrebatara el instinto o la malea el abandono o la desvía la mala educación, entonces es algo pavoroso que espanta y desconcierta y hunde; algo, que hiera al hombre, destruye la familia y desequilibra al mundo”.

Si bien las mujeres de la élite liberal compartían muchos de los diagnósticos y concepciones sociales de sus pares masculinos, también procuraron ampliar los términos en los que se pensaba la educación de las mujeres y su condición de sujetos. Ana Roqué, por ejemplo, dedicó toda su vida a la educación femenina, a la

que buscó dotar de un carácter científico y proyectar más allá de las labores domésticas. Carmela Eulate conoció el feminismo en gran parte a través de Ana Roqué, en cuyos proyectos editoriales y campañas sufragistas colaboró mientras estuvo en Puerto Rico. En las siguientes páginas, proponemos una lectura de *La muñeca* que toma en consideración todos los aspectos contextuales ya referidos.

Una novia bella y frívola: el revés del relato romántico

La novela de Carmela Eulate Sanjurjo inicia en el punto en el que suelen terminar los relatos románticos: el ansiado matrimonio entre sus protagonistas. Aunque la narradora no se detiene en las peripecias previas que marcan la existencia de la pareja antes de llegar al altar, sí entrega algunos antecedentes sobre las vicisitudes que tuvieron que enfrentar los amantes. Leemos que Rosario, la novia, rechazó varios pretendientes antes de encontrar al hombre adecuado. En tanto Julián, el prometido, trabajó sin descanso para mantener a una hermana viuda con cuatro hijos y pagar los estudios de su hermano menor. Rosario termina siendo el premio mayor a años de esfuerzos en los que sus proyectos personales quedaron postergados por sus responsabilidades familiares. La espera, los desencuentros, el

sacrificio y la recompensa final son etapas de un circuito clásico por el que transitan los enamorados en las novelas románticas y que un lector, adiestrado en este tipo de fábulas, puede reconocer con facilidad. Carmela Eulate activa en *La muñeca* los códigos de los amores folletinescos, pero para subvertirlos. El que la novela comience por el matrimonio, es la primera y gran inversión de los lenguajes del género. Desde el inicio nos situamos en lo que podría ser la continuación del relato romántico, aquello que queda fuera del recorrido amoroso, bajo el enunciado que presagia la vida futura de los protagonistas: “y vivieron felices para siempre”. La novela se abre corriendo el telón que cae con esa frase y muestra las grietas y trampas que terminan por hundir a un matrimonio construido sobre modelos de género sexual que imponen pautas destructivas de comportamiento.

Desde sus primeros pasajes, *La muñeca* desencaja las expectativas de sus lectores en relación con la felicidad que promete el matrimonio. La novia, Rosario, poco antes de pisar la iglesia, contempla en un espejo su figura, bella y elegante, mientras un séquito de diligentes damas revisa cada uno de los detalles del ajuar. La voz narrativa describe la escena como una ceremonia, en cuyo centro está Rosario, como una imagen sagrada de adoración atendida por una corte de sacerdotisas

que le ajustan el vestido. Luisa, su mejor amiga, está de rodillas. Mientras tanto Rosario piensa en su próxima boda como una oportunidad de lucir su belleza y destacar sobre sus amigas, quienes a su juicio nunca tuvieron ni tendrán un casamiento con tanto lujo y pompa. Ese sentimiento de victoria, descrito por la voz narrativa, constituye la primera advertencia de que el perfil de Rosario no se ajusta al de las heroínas clásicas de las novelas románticas. Vanidosa y soberbia, la joven está muy lejos de la generosidad y la reserva que caracterizan a las protagonistas de estas ficciones. La distancia de Rosario con este modelo de heroína se hace más evidente con su entrada a la iglesia, “fingiendo una turbación que no sentía”. La protagonista posa y calcula sus gestos y emociones para lograr lo que a lo largo de la novela constituye uno de sus principales objetivos: captar la atención de una sociedad que concibe como su público.

Una vez que reconocen que Rosario no puede ser la verdadera heroína de una ficción romántica, los lectores pueden caer fácilmente en el señuelo que la novela les presenta: el protagonismo verdadero de la novela podría ser encarnado por Teresa, amiga de Rosario, poco agraciada y humilde, que se ocupa de las labores domésticas que la joven casada no quiere realizar. Teresa es la mujer abnegada y buena que supervisa cada

detalle doméstico, el ángel del hogar que asegura el perfecto funcionamiento de la casa. De este modo, ella podría ser el personaje que viene a corregir la gramática del amor romántico de la novela, sustituyendo el signo defectuoso (Rosario) por uno nuevo, más moderno, que recuerda a los perfiles femeninos creados en la literatura inglesa por Jane Austen o Charlotte Brontë: mujeres que no cumplen con los estándares de belleza tradicionales, pero que, gracias a su generosidad e inteligencia, logran conquistar al protagonista, salvarlo de sí mismo y de otros. Sin embargo, la esforzada y sufriente joven no despierta nunca el interés amoroso de Julián, cuyo destino trágico presencia como testigo silencioso.

Debido a los distintos orígenes sociales de Rosario y Julián —ella es parte de los sectores más acomodados de la isla, mientras él tiene un origen casi humilde del que ha logrado salir gracias a un intenso trabajo como abogado—, su matrimonio podría ser pensado en los términos que propuso Doris Sommer en su clásico estudio *Ficciones fundacionales*. Su análisis de las novelas románticas latinoamericanas del siglo XIX muestra que el amor heterosexual constituye una metáfora de la unidad nacional, la que en el plano de la realidad social se ve amenazada por los caudillismos locales, las diferencias raciales y de clase y la incapacidad de

las élites de impulsar proyectos modernizadores que beneficien al conjunto social. En *Martín Rivas* (1862) del escritor chileno Alberto Blest Gana, la feliz unión entre la muchacha aristócrata y el joven emprendedor alegoriza la alianza entre los dos principales grupos que hegemonizan el poder político y económico en las nuevas repúblicas: la vieja oligarquía terrateniente y la burguesía emergente. Así, ideológicamente estas narrativas que Sommer denominó fundacionales entienden que la estabilidad nacional y, por tanto, la existencia de la nación misma, dependen de la capacidad de sus élites de pactar formas de construir el poder dejando de lado pequeños intereses de grupo.

Un aspecto central de la propuesta de Sommer es que en las novelas fundacionales en las que la unión de los amantes se ve frustrada, los lectores son invitados a reconocer en factores externos la causa de este fracaso. Nunca son problemas internos o diferencias entre los amantes los que impiden la felicidad, sino las diferencias sociales, raciales o de clase que se interponen entre los protagonistas. En el caso de *La muñeca* nos encontramos con la contracara de lo observado por Sommer: la pareja de distintos sectores sociales no enfrenta mayores dificultades antes del matrimonio. Si este fracasa —en términos de hacer infeliz al marido y no dar hijos a la sociedad—, es porque Rosario lleva al extremo su

rol de muñeca. Podría ser, por eso, considerada como una *contranarrativa fundacional* que en vez de proponer una imagen cohesionada de la comunidad, exhibe las fracturas y la incomunicación de los sujetos que la integran. Esta *contranarrativa* se despliega a partir de una *doble voz* (Showalter),² es decir, no opera de manera manifiesta, articulándose más bien como un discurso subterráneo que sabotea no sólo las formas de la novela romántica, sino también la *voz* más visible, correspondiente a una ideología naturalista, cuestionadora de una sociedad que descuida la educación doméstica de la mujer. Esta voz fue rápidamente advertida y destacada por la crítica, en la lectura inaugural de Zeno Gandía.

El modelo de mujer-muñeca

En el referido pasaje inicial de *La muñeca* se observa el grado de atención que recibe Rosario de una corte de mujeres dedicada a asistirle mientras se prepara para su matrimonio. La imagen de la joven convertida en el centro de atención no se limita a la boda, sino que se

² Elaine Showalter, “La crítica feminista en el desierto”, en Marina Fe (coord.), *Otramente: lectura y escritura feministas*, México, Programa Universitario de Estudios de Género/Fondo de Cultura Económica, 1999.

repite a lo largo de la novela. La primera vez que la voz narrativa usa el término muñeca es para describir los solícitos cuidados de los que es objeto Rosario por parte de su entorno femenino: “En aquella vida frívola, ocupada por la vanidad y la coquetería, en que su madre, la doncella y Teresa oficiaban de sacerdotisas de la diosa, vistiéndola y peinándola como una muñeca, Julián ocupaba poquísimos lugares”. Rosario recibe las atenciones con cierta indiferencia. Al igual que en el episodio de preparación del ajuar, en el que el grupo de amigas se preocupaba de pegar las flores al vestido, revisar los encajes y los pliegues de la tela, Rosario entrega su cuerpo para que la corte femenina lo adorne y deposite en él los signos de una determinada femineidad. El proceso de engalanar a Rosario constituye un rito exclusivamente femenino, en el que las mujeres involucradas se relacionan con la joven como si estuvieran participando de un juego de infancia, que las convoca a adornar y vestir a la muñeca. Sin embargo, sería un error pensar que esta ceremonia de mujeres les pertenece sólo a ellas y que está divorciada de las lógicas patriarcales que organizan la vida en común y las definiciones de género. Simone de Beauvoir señala que la muñeca es más que un simple objeto de entretención para las niñas, es parte fundamental en la formación de su identidad sexual. De acuerdo con esta autora, mientras los varones desde

sus primeros años pueden ser dueños de sus cuerpos y proyectar con orgullo su individualidad a través de ellos, a las mujeres se nos enseña a no tener propiedad sobre los nuestros: “En compensación, le ponen entre las manos, con el fin que desempeñe junto a ella el papel de *alter ego*, un objeto extraño: una muñeca”.³ La muñeca, así, se presenta como la imagen que espeja su deber ser femenino. Con su rostro maquillado, cabellos arreglados, vestidos y accesorios que la acompañan desde la fábrica, y que la niña debe saber usar y ubicar de manera adecuada, la muñeca es un instrumento de un proceso de aprendizaje de género en el que su dueña tiene muy pocas posibilidades de intervenir autónomamente sin ser sancionada: “Así, pues, la pasividad que caracteriza esencialmente a la mujer ‘femenina’ es un rasgo que se desarrolla en ella desde los primeros años. Pero es falso pretender que se trata de una circunstancia biológica: en realidad se trata de un destino que le ha sido impuesto por sus educadores y por la sociedad”.⁴

Para la voz narrativa, los padres, y en especial la madre, son los primeros responsables del carácter ca-

³ Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, p. 218.

⁴ Simone de Beauvoir, *El segundo sexo*, ed. cit., p. 220.

prichoso y poco empático de la protagonista. En su formación inicial en el núcleo familiar estarían, por tanto, las semillas del comportamiento de Rosario, específicamente en los excesivos mimos de un padre anciano y en el temperamento débil de la madre. Sin embargo, la novela dedica apenas dos líneas a los métodos de crianza parentales. A lo largo de la historia observamos que los progenitores no son los únicos que participan en las adulaciones a Rosario o conceden o guardan silencio frente a sus caprichos. Salvo por unos rápidos comentarios que el doctor Valdés le hace a su amigo Julián antes de la boda, ningún personaje critica el carácter de la joven. Por el contrario, su belleza y fortuna la han convertido en alguien deseable en el mercado matrimonial.

En el primer periodo del matrimonio, Julián no considera problemáticas las pedanterías y desatinos de su esposa, las que ve como características típicamente femeninas: “miraba las frivolidades de la joven como nuevas gracias, y su aire hipócritamente recatado, como ingenuidad y candorosa modestia”. Así Rosario, lejos de llamar la atención como un modelo femenino incorrecto, parece responder para Julián, y para gran parte de su entorno social, a las cualidades femeninas esperables que cristalizan en un ser vacuo e ingenuo, cuya candidez da lugar a comportamientos petulantes y a veces inadecua-

dos, pero que en ningún caso merecen mayor reprobación. La aparente inmadurez de Rosario no es motivo de intranquilidad porque responde a la concepción de las mujeres como seres pasivos, infantiles, incapaces de regir sus propias vidas y por lo tanto necesitadas de un tutelaje permanente. En las primeras descripciones del viaje de luna de miel, vemos a un Julián que no repara en gastos para satisfacer los más pequeños caprichos de su esposa, que ante la indecisión de ésta frente a dos joyas que le gustan, no duda en adquirir ambas para evitar su frustración. Más que una pareja, Julián es un padre sobreprotector y condescendiente.

La protagonista es producto, entonces, de un engranaje más complejo de relaciones de género que la fue formando de acuerdo con un modelo determinado de femineidad. Esta lectura de algún modo es sugerida por la voz narrativa, la que asocia a Julián con Pigmalión y a Rosario con Galatea. En la comparación de Julián con el escultor de la literatura clásica, que se decide a elaborar la figura de la mujer perfecta, después de no haberla encontrado en la vida real, y que termina enamorado de su fantasía esculpida, está una de las claves interpretativas de la novela. Al igual que Pigmalión, Julián no es una víctima de una mujer veleidosa, él es el creador de un modelo de mujer ideal heredado.

El problema con Rosario no es tanto que sea frívola y consumista, sino que lleve al extremo estas características, al punto que termina boicoteando cualidades consideradas esenciales en la definición del modelo femenino patriarcal. En primer lugar, la vocación materna. No sólo nunca muestra el menor interés por los niños, sino que declara públicamente que no desea tener hijos. En los diez años que dura el matrimonio no queda embarazada, algo que ella celebra porque así no ve afectado su físico, ni el orden de su hogar, ni su posibilidad de hacer vida social. En segundo lugar, se espera que como esposa sea abnegada y cariñosa. Pero sólo lo es cuando quiere que su marido se recupere de una enfermedad para que vaya con ella a una fiesta. Cuando Julián, y los lectores, comprenden que Rosario realmente no quiere ser madre, no está dispuesta a sacrificarse por su marido y sigue preocupada solamente por comprar y lucir sus adquisiciones en público, lo que aparece es una variación de la figura de la *femme fatale*. En la literatura folletinesca ésta lleva a los hombres a la ruina, como Rosario que con sus excesivas compras empuja a Julián a la quiebra. Tanto el discurso contra la maternidad como el evidente desinterés por el marido sólo podían aparecer en un personaje revestido de características negativas. El arco moral de este tipo de relatos concluye siempre con la necesaria sanción a la

“mala mujer”, la que será castigada con la muerte, la reclusión, la locura o algún otro destino que la aparte de la sociedad. En el final de *La muñeca*, por el contrario, Rosario no sufre ningún tipo de condena. Libre de toda culpa después del fatídico final de Julián, reconstruye su vida en una nueva ciudad, en donde se la verá pasear aún bella y rica por sus avenidas.

La muñeca problematiza dos modelos fundamentales de mujer discutidos en la época en que vivió su autora: el modelo de la aristócrata frívola que no asume responsabilidades domésticas y el del ángel del hogar, dedicado exclusivamente a labores asistenciales. El discurso oficial impugna el primero y buscará superarlo por la mujer doméstica, lo suficientemente educada como para contribuir a la formación de los futuros ciudadanos de la nación. Aunque en una primera lectura pueda parecer que la novela de Carmela Eulate se inscribe en ese proyecto de consolidación de un modelo de mujer doméstica, la consideración de las distintas voces, personajes y estructura narrativa muestra que su propuesta es mucho más compleja y configura un cuestionamiento profundo de las alternativas estrechas que tienen las mujeres de su época. Es así como, no sólo no existe un cierre moral que permita a las lectoras comprender las consecuencias negativas de seguir las pautas de vida de una *femme fatale*, sino que tampoco la novela

entrega alternativas femeninas que puedan disputar el rol principal de Rosario. La protagonista desagrada y atrae a la vez y nunca deja de ser el centro de atención de la ficción. Los otros personajes femeninos —Teresa, Luisa y Angustias, principalmente— tendrán apariciones breves y no se configuran como antagonistas de peso, que las establezcan como modelos ejemplares. De este modo ni Rosario, que ha destruido a su marido y su hogar, ni los otros personajes femeninos —que sí cumplen sus roles domésticos a cabalidad— constituyen verdaderas alternativas de femineidad.

La muñeca no busca, así, constituirse como una novela programática, que ofrezca un ejemplo de sujeto femenino y un modelo de comunidad nacional. Su ejercicio es más bien problematizador y desarticulador de los patrones ideológicos que en la modernidad se han usado para definir la identidad de género femenino. Sin embargo, este ejercicio desarticulador también apunta a un vacío: en las estrechas categorías polares de la *femme fatale* y el ángel del hogar, la nueva mujer, dueña de sí y desestabilizadora de los cánones sexuales no está. Esa ausencia se hace más evidente todavía porque el carácter de *femme fatale* de Rosario, a diferencia de los personajes clásicos de este tipo, no busca empoderarse. No es posible reconocer en la caprichosa Rosario a una mujer que interviene activamente en todos los

ámbitos, públicos y privados, en función de sus propios intereses. La *femme fatale* clásica se configuró como una crítica, más o menos explícita, a la mujer moderna que ocupaba los espacios sociales con mayor autonomía. Al construir una *femme fatale* sin atributos trasgresores, que recuerden de algún modo a lo que a inicios de siglo xx se conoció como la “mujer nueva”, Carmela Eulate se desmarca del juego de estereotipos patriarcales, despejando el terreno para el surgimiento de identidades femeninas diversas.

LA MUÑECA

Estaba realmente hermosa con su traje de raso blanco, que modelaba su cuerpo esbelto y flexible y daba tonos mates a la carne sonrosada de su garganta, que el cuello alto dejaba apenas entrever. Envolvía en nube vaporosa largo velo de tul sujeto a la cabeza con azahares, dejando adivinar las líneas delicadas del rostro, el brillo de dos ojos azules, y algunos ricitos que escapándose del moño iban a enroscarse en la nuca. Tenía ya puesto un guante y su mano pequeña y suave que pronto adornaría el anillo nupcial oprimía el broche de rica pulsera, regalo del prometido, mientras las amigas invitadas para asistir a la *toilette* de la desposada arreglaban cuidadosamente la flor mal segura, o los pliegues del vestido, que un movimiento había descompuesto. Entre todas, Luisa, la amiga de colegio, que un año antes se había casado con el doctor Manuel Valdés, prendía la guirnalda de azahares que arrancando del pecho terminaba en el borde del vestido, arrodillada a los pies de la novia, y conservando entre los dientes los alfileres que iban a servirle para asegurar las flores.

La desposada, en pie delante del armario de luna, inmóvil y silenciosa, contemplaba su figura, preocupada con la grave ceremonia que iba a cambiar su vida, pero mucho más con la idea de estar bella, de triunfar de sus amigas que menos afortunadas no podrían casarse con el lujo y boato con que ella iba a hacerlo.

En la habitación próxima estaba expuesto el rico *trousseau*, los vestidos encargados a la modista francesa, colocados en maniqués y sobre una mesa joyas y objetos de arte, regalos de su familia, del novio y de las muchas amistades que contaban en la ciudad.

No se recordaba otra boda tan opulenta, y sus jóvenes amigas, fascinadas con tanto lujo, no podían menos de decirse que Rosario se casaba como una duquesa.

En el tocador estaban esparcidos y abiertos los estuches de las joyas que aquella noche realzarían su hermosura, y su madre acababa de atornillarle en las rosadas orejas los gruesos brillantes que iban a adornarlas.

Rosario fue a la iglesia fingiendo una turbación que no sentía, y conservó durante toda la ceremonia los ojos hipócritamente bajos. Arroja después en brazos de su madre, que la retuvo largo tiempo, con sollozos que no enrojecieron sus ojos, ni le empañaron la serena blancura de la tez. Pareciole que debía llorar, y sin sentimiento, escogiendo el instante en que

creyó que sus lágrimas podían hacerla aparecer más atractiva, lloró.

A pocos pasos el novio, vestido de rigurosa etiqueta, apoyando el codo en la rodilla con mano nerviosa, un poco pálido y conmovido, pero llevando en sus ojos la expresión de un amor profundo, aguardaba a que su Rosario, que un sacerdote acababa de darle en nombre de Dios, se calmara en aquella explosión de pena, que le parecía natural. Hija única, idolatrada por sus padres, debía experimentar al separarse de ellos para unirse a un hombre después de brevísimas relaciones, y emprender al día siguiente el viaje de novios, emociones y temores de que aquella crisis nerviosa era lógico resultado.

Cuando atravesaron la nave principal de la iglesia profusamente iluminada, formaban una arrogante pareja. Él, alto, quizá demasiado delgado, pálido, la frente alta, la mirada inteligentísima; y ella hermosa, esbelta, apoyándose apenas en el brazo de su esposo, con actitud de falso recato.

Esperábalos en la casa suntuosa mesa preparada para obsequiar a la numerosa concurrencia.

Rosario, después de quitarse el velo, repartió entre sus amigas los azahares, respondiendo ruborizada a las cariñosas felicitaciones de éstas. Observaba las *toilettes* de todas, con aquel espíritu burlón a que su superioridad parecía darle derecho, y se quejó como de una

ofensa de que algunos caballeros se hubiesen permitido no ir de frac.

Salieron en el tren de la tarde para Madrid, donde pasaron quince días, continuando su viaje a la capital de Francia, de donde quizá fueran a Niza a pasar parte del invierno. Pero Julián no quiso abandonar por tanto tiempo su bufete, y a mediados del otoño estaban de vuelta, habiéndoles precedido numerosas cajas, paquetes y baúles, pues aprovecharon el viaje para comprar directamente en Francia muchas cosas que aún les faltaban para acabar de poner la casa.

Rosario llevaba de equipaje ocho baúles-mundos y una docena de sombreros, sin contar las alhajas que su marido le había comprado en París. Cuando llegó de la estación, cogida del brazo de Julián, alegre y sonrosada por el frío de aquel viaje en el mes de noviembre, ceñida apenas por el traje, hechura sastre, que caía bien sobre su cuerpo delgado, de curvas casi imperceptibles, la pequeña cabeza cubierta con una *toque* de piel de astracán, y en la mano, el cabás de cuero, hubiera podido tomársela por una de esas extranjeras que se pasan la vida viajando, que cruzan la España en invierno visitando catedrales y sacando copias de los cuadros que enriquecen los museos. Julián estaba también rejuvenecido por el viaje, envuelto en un gabán gris, cruzada en el pecho la cartera que servíale para guardar valores, y

en la mano, la pequeña maleta que contenía las alhajas de su mujer.

Rosario volvía del viaje contenta, deseando instalarse en la casa que había puesto con lujo y, sobre todo, ávida de presentarse en sociedad para lucir los magníficos trajes que traía de París, y debían llamar poderosamente la atención.

Durante aquellos meses, cada salida y cada paseo constituyeron un nuevo capricho: su marido los satisfizo alegrándose con el gozo que experimentaba ella, al poseer una nueva joya, o un nuevo objeto de fantasía.

Tenía verdaderas voluptuosidades, estremecimientos de placer, al penetrar en las tiendas y antes de decidirse a comprar nada, experimentaba vacilaciones pues le era casi imposible la elección. Más de una vez, al verla Julián desconsolada por haber escogido un objeto en lugar de otro, decidíase a regalarle ambos. El viaje emprendido en estas condiciones le costó cuatro veces más de lo que había calculado, aunque Rosario ansiosa de llegar a su ciudad natal, desistió de la excursión a Niza.

Hija única de una familia rica, mimada por un padre anciano, y por una madre cuyo carácter débil no era capaz de dirigirla, la joven se acostumbró a hacer de su capricho ley.

Era frívola, derrochadora y coqueta, con poquísima ilustración y sin principios religiosos, pues jamás

fue a la iglesia con otro objeto que el de lucir un traje nuevo.

Su hermosura, notable desde niña, se desarrolló en la juventud, realzada por el lujo y elegancia con que la vestían. Era alta y esbelta, delgada con curvas casi infantiles, el cabello castaño, la frente alta y estrecha, los ojos azules, y el rostro deliciosamente oval. Su cabeza redonda y en extremo pequeña, descansaba sobre cuello largo de líneas purísimas y hombros que tenían la blancura del alabastro. Era pálida, con esa palidez mate de las mujeres meridionales y su cutis tenía transparencias que dejaban adivinar las venas. Sus labios finos y casi sin sangre, su nariz pequeña y griega que una línea purísima unía a la frente, el arco imperceptible de sus cejas, contribuían a formar un conjunto seductor. Se adivinaba en ella fácilmente a la mujer de temperamento frío para quien la pasión será siempre un enigma, concentrando la vida en el cerebro.

Julián Lasaleta contrastaba singularmente con su mujer. Moreno, con ojos negros chispeantes de inteligencia, nariz aguileña, frente severa que contribuía a dar a su rostro un perfil de medalla, la línea de los labios un poco gruesos denotando energía, una arruga marcando ya el entrecejo, y para completar esta fisonomía varonil una barba negra terminando en punta en la que brillaban algunos hilos de plata. Su porte distin-

guido, la arrogancia con que descansaba la cabeza sobre sus hombros y sobre todo su carácter franco y abierto hacíanle profundamente simpático. Era hombre de vasta ilustración, de fácil y elocuentísima palabra, y sus oraciones forenses atraían numerosa concurrencia, valiéndole la fama del mejor orador de la provincia. Ganaba mucho, y su reputación de integridad contribuía a atraerle clientes, aun de las poblaciones vecinas, cuyos pleitos deberían verse ante aquella audiencia.

El amor había ocupado poquísimo lugar en aquella existencia que el trabajo y la ambición de crearse un porvenir absorbieron por completo. Abogado muy joven, tuvo que luchar con poderosos obstáculos hasta llegar a crearse la posición que disfrutaba y obtuvo a fuerza de talento y de constancia. Sin medios de fortuna teniendo que ayudar a una hermana viuda con cuatro hijos y a un hermano menor a quien dio carrera, no pudo pensar en el matrimonio, y su sed de cariño volvióse hacia su familia. Pero pasó tiempo, su hermano tuvo una posición, casáronse sus sobrinas y Lasaleta rico, considerado y aún joven, pensó también en crearse una familia.

La hermosura de Rosario, su coquetería y sobre todo las condiciones psíquicas de Lasaleta, en aquellos momentos ansioso de amor, decidieron un matrimonio que se llevó a cabo en brevísimo plazo.

El doctor Valdés conociendo a Rosario por haberla visto frecuentemente en casa de Luisa cuando eran novios, hizo algunas reflexiones a Julián sobre el carácter de la mujer que había escogido para esposa. Pero Julián estaba ya enamorado y bajo el imperio de la pasión, miraba las frivolidades de la joven como nuevas gracias, y su aire hipócritamente recatado, como ingenuidad y candorosa modestia.

Rosario vio en aquel matrimonio en que su marido ponía toda el alma, la satisfacción de mil caprichos, el inevitable viaje a París tan ambicionado, el medio de obtener una posición en la sociedad, que dadas nuestras costumbres sólo disfruta la mujer casada.

Su marido la adoraba y aunque quince años mayor que ella (Julián había cumplido treinta y siete el día que se casó), era abogado de numerosa clientela y podía ofrecerle las comodidades apetecidas.

Rosario había rechazado ya varios pretendientes que solicitaran su amor sin que su corazón se interesase. Temía el matrimonio con su serie de molestias y segura de que no le faltarían enamorados, escogía con calma, resuelta a no aceptar sino a quien realizara sus ensueños de ambición.

Al presentarse Lasaleta, con su buen nombre, su simpática y agradable figura y mirado por las jóvenes casaderas como el mejor partido de la ciudad, Rosario

no vaciló. Aceptó gustosa el amor que le ofrecía, y después de los cuatro meses de relaciones que emplearan los padres en hacerle el rico y elegante *trousseau* y el novio en poner la casa y preparar los regalos, uniéronse en santo lazo, para no separarse hasta la muerte.

Tomaron una casa situada en una de las calles principales de la ciudad capital de provincia.

En la sala, elegantemente puesta con sillería y cortinajes de damasco encarnado, veíanse multitud de objetos de arte y fantasía, mezclados con esa prodigalidad que autoriza la moda. Espejos con marcos caprichosos, jarrones, estatuillas de terracota, una *causease* en forma de S de raso azul, un busto de bronce, oleografías y grabados en acero y en elegantes *étagères*, muñecos y *bibelots*, viéndose mezclados el objeto de arte y la figura de dos pesetas. En el gabinete, separado por un *portière* de terciopelo, estaba el piano, precioso instrumento salido de la fábrica de Pleyel, que Rosario tenía cubierto de figuras de Sajonia, ostentando en un pequeño caballete el retrato de busto de la dueña de la casa. Ésta era tan aficionada a reproducirse que por paredes y mesas, en álbumes y marcos, podía hallarse su figura de frente y de perfil, en traje negro con la mantilla echada a la cara y en la mano el devocionario, y a pocos pasos en *toilette* de baile, o con la airosa mantilla de madroños.

El retrato de Lasaleta, al lápiz, con severo marco de madera, ocupaba el puesto de honor, haciendo *pendant* al de Rosario.

El tocador de la dama era la habitación más lujosamente puesta de la casa. Muebles de palo de rosa y damasco azul, *portières* y cortinajes, en el centro un velador cubierto de rico tapete lleno de objetos de fantasía, un elegante armario de luna colocado de modo que correspondiese con otro espejo de pie, para que pudiera verse la figura en todas las posiciones y un mueble de Bouille, comprado en París, donde Rosario guardaba las alhajas. La espesa alfombra impedía que los pasos fueran oídos, y la media luz que dejaban filtrar las cortinas, esparciéndose por el entapizado azul pálido de las paredes, daba al *boudoir* aspecto de santuario. Una lámpara azul, dos tablillas inmediatas al tocador llenas de frascos de perfumería, el estuche de piel de Rusia para los peines y las uñas con monograma de plata y dos *corbeilles* de flores, completaban el mobiliario.

El despacho de Lasaleta, separado del *boudoir* por un corredor, era todo de roble, incluso los dos grandes armarios en que encerraba los libros. En la rica biblioteca, en que podía verse la mayor parte de las obras de Derecho que se han publicado en España, hallábanse con encuadernaciones de cuero encarnado los libros de los criminalistas italianos Lombroso, Ferri y Garófalo.

No faltaban tampoco obras de ciencia y de viajes, los clásicos españoles, y en dos ediciones de lujo, *Don Quijote* y *La divina comedia* con ilustraciones de Doré. Dos paisajes al óleo y un busto de bronce de Cervantes, que descansaba sobre la misma mesa de despacho, y la fotografía de Rosario con marco de *peluche*, eran los únicos objetos que distraían la atención en aquel sitio destinado al trabajo. En una habitación próxima, separada por una cortina de *reps* verde, trabajaban los pasantes y los escribientes y allí estaba también el mueble que servía de archivo, donde Lasaleta guardaba y clasificaba sus papeles por orden alfabético. Este cuarto tenía entrada por el corredor, y podía pasarse a él y al despacho sin atravesar ninguna de las habitaciones de la casa.

Rosario aburriose pronto de tener que atender a su casa, cuidando de las cosas de Julián. Echaba de menos la independencia de soltera, en que ocupábase sólo de su persona, y vivía lejos de aquellas molestias y fastidios. Por consejo de su madre y con el beneplácito de su marido siempre dispuesto a complacerla, trajo a la casa, para convertirla en ama de llaves, a una compañera de colegio llamada Teresa, que había quedado huérfana y pobre. Esta joven de carácter dulce y humilde miró como una dicha la posición que se le ofrecía en una casa rica como la de Lasaleta, y aceptó la oferta de Rosario, con lágrimas de gratitud. Hízose cargo de

la casa y cuidaba la ropa de Julián para que no le faltasen botones. Dirigía la limpieza, y ella misma sacudía el polvo al despacho del señorito para que un criado torpe no fuese a extraviar ningún papel, y limpiaba los *bibelots* y adornos de sala. Lasaleta la trataba con afecto, con deferencia, pero Rosario, aun queriéndola, no sabía prescindir de su natural sequedad que Teresa disculpaba por conocerla bien. Comía a la mesa con ellos, pero si había algún invitado, no salía al comedor, para cuidar adentro de que todo estuviese a punto, y la señora no necesitaría ocuparse de nada.

Rosario levantábase generalmente a las once de la mañana. Después de haber tomado el chocolate que le llevaba la misma Teresa, y metidos los pies desnudos en las zapatillas, se envolvía en una bata y pasaba al tocador, donde la aguardaba la doncella para peinarla y vestirla.

Aquella era la hora de la visita de su madre quien le traía las noticias de la ciudad, el último modelo de capota visto en el escaparate de *madame* Pierquin, la modista francesa, o la nueva extravagancia de una mundana contada en la crónica de un periódico.

Pero la joven prefería hablar de sus nuevos triunfos, de la impresión que en el paseo de la tarde había producido su abrigo de piel de marta, o su elegante sombrero La Vallière con el que pensaba retratarse.

Luisa iba algunas veces a verla con la frecuencia que le permitía su hija pequeña que echaba las primeras muelas, y su marido solía quedarse en el despacho con Lasaleta. Teresa, a quien la señora Valdés trataba con el mayor cariño compadeciéndola por su pobreza y orfandad, asistía a estas visitas. Rosario tenía siempre algo nuevo que enseñarle y complacía en que su amiga viese su lujo pensando que tal vez la envidiaba. Pero Luisa que era muy feliz con su marido y con una preciosa criatura, delirio de ambos, estaba muy lejos de experimentar tan mezquino sentimiento; por el contrario, alegrábase al ver a su amiga predilecta tan favorecida por la suerte.

Rosario acostumbraba salir por las tardes en carruaje y como su marido pocas veces podía acompañarla, iba a buscar a Luisa o a otra de sus amigas para no estar sola.

En aquellos paseos iba a exhibir sus magníficos sombreros; el último modelo de París, con grandes alas de fieltro y plumas negras, que caía tan bien a su rostro fino y pálido, y se combinaba con el abrigo de piel de marta. En toda la ciudad no había quien pudiera rivalizar en lujo con ella, y cuando se presentaba en el paseo, recostada coquetamente sobre los cojines de su *landeau*, todas las miradas la seguían y las damas se apresuraban a imitar el corte y el color de sus vestidos.

En aquella vida frívola, ocupada por la vanidad y la coquetería, en que su madre, la doncella y Teresa oficiaban de sacerdotisas de la diosa vistiéndola y peinándola como a una muñeca, Julián ocupaba poquísimo lugar. Su carácter serio, su modo de ser un poco austero, el trabajo a que se entregaba la mayor parte del día, le alejaban de Rosario. Y, sin embargo, el amor que la hermosura de su mujer le había inspirado, era tan profundo, que todos sus defectos, a los que le era imposible cerrar los ojos, no lograron extinguirlo. La joven no trataba tampoco de ocultar su frivolidad, su ignorancia o su egoísmo, que en el tiempo que llevaban de matrimonio habían tenido más de una ocasión de manifestarse. La menor contrariedad la hacía ponerse displicente: acostumbrada a no pensar más que en sí, no estaba nunca dispuesta a renunciar a un capricho por complacer a su marido.

Muchas veces Julián, cansado, preocupado con algún asunto de su profesión, tenía que violentarse y acompañarla al teatro o la reunión a donde deseaba ir. Rosario tocaba bastante bien el piano y como tenía a Teresa para que se ocupara de la casa, dedicaba siempre un par de horas, generalmente entre el almuerzo y el paseo de la tarde, a reparar.

No le gustaba mucho la música, pero como su limpia ejecución le valía tantos aplausos en las reuniones

en que solía tocar, se imponía el estudio para no perderla y por lo tanto la ocasión de aquellos triunfos.

Una noche, que hacía bastante humedad, y que por hallarse un poco constipada accedió a las súplicas de Julián para que no saliera, éste que estaba sentado cerca de su mujer, alegrándose de aquella casualidad que les permitía pasar la noche juntos, lo que sucedía rara vez en la vida agitadísima que llevaban, aproximó su butaca como cuando eran novios, apoyando la cabeza en el respaldo y clavando las pupilas en el rostro de ella.

Rosario estaba aburrida, contrariada. Tenía puestos los zapatos de charol que pensaba llevar a la visita, un peinador de franela blanca ajustado a la cintura por un cordón de seda modelaba su talle ceñido por el corsé, y jugaba con un pequeño abanico, que le servía para disimular sus bostezos. La luz de la lámpara daba transparencias de marfil a sus manos finas de dedos largos y extremadamente delgados y tonos de oro a los ricitos un poco deshechos que adornaban su frente. Julián trataba de hallar un tema de conversación que pudiera distraerla y borrarse la expresión de fastidio que tenían sus facciones y que empezaba a serle extremadamente penosa.

—¿Por qué no tocas algo al piano? —le preguntó después de una pausa, en que ella había disimulado mal un bostezo.

Rosario se levantó lentamente y fue a sentarse en la banqueta. Mientras sus dedos ágiles recorrían el teclado, arrancándole en brillantísimo prelude un torbellino de notas, Julián se daba cuenta de una sensación dolorosa, que otras veces había experimentado, aunque con menos intensidad. La sala resonaba con las armonías del magnífico Pleyel al que las manos de la joven herían con fuerza, y mientras las ondas melodiosas llevaban a su oído con la música de Thalberg recuerdos de otra época de los meses dichosos de su luna de miel, en que Rosario tocaba a menudo aquella fantasía del *Don Giovanni* que por casualidad había escogido aquella noche, Julián veía el vacío de su vida, la horrible tortura de un corazón apasionado que lucha en vano por despertar sentimientos análogos en el corazón del que ama. Tuvo una visión rápida de lo que era su mujer, penetrando con el pensamiento en los más ocultos repliegues de su alma, y viendo con dolor y pena que Rosario no le amaba, ni le había amado jamás. No le amaba, porque no podía amarle. Allí estaba a pocos pasos, pálida y esbelta, con un seno apenas pronunciado, con sus ojos azules que jamás brillaron de pasión, con sus labios finos y casi exangües, que parecían hechos para la plegaria más que para el amor. En su frente tersa que cruzaban en las sienas venas azules visibles por la extremada transparencia del cutis, se ocultaban

pensamientos pequeños y mezquinos, y jamás su pecho había latido con la fiebre del amor. Rosario no era más que una muñeca. Y él la había amado con delirio, la amaba aún para su tormento, con el frenesí que debió sentir Pigmalión ante la hermosura marmórea de Galatea. Sufría intensamente y con la costumbre que tenía de darse cuenta de sus sensaciones con clarísima percepción, aquel dolor se multiplicaba convirtiéndose en cien dolores nuevos.

Rosario había concluido de tocar, y fastidiada de no tener público, un poco ofendida de que su marido no le elogiase su ejecución esmeradísima, volvió a sentarse en la butaca, y se quedó al poco rato dormida.

Julián no apartaba los ojos de ella, sombrío, preocupado viendo en el porvenir muchas noches como aquella alternada con otras de teatros y reuniones en las que Rosario gozaría mostrando su hermosura y satisfaciendo su vanidad. Y él sufría en el fondo del alma un tormento sin nombre, despreciándose por amarla como la amaba y sin poder arrancar este amor de su corazón.

III

Por entonces se presentó en la ciudad el hermano menor de Julián, Alberto, que acababa de casarse en la población en que se había establecido, y que al realizar su viaje de novios quería que su joven esposa conociera y pasara algunos días al lado del hermano que le había servido de padre. Alberto era también abogado, y obtuvo por oposición el destino de registrador de la propiedad de una población cercana, lo que le aseguraba una buena renta.

Era alegre, cariñoso, y Rosario tenía muchas simpatías por él, aunque nunca tuvo ocasión de tratarle íntimamente. Pero Alberto siempre le estaba echando flores, algunas exageradas y fantásticas, como las usa el pueblo, y que halagaban la vanidad de la joven, para quien su cuñado era por esto muy simpático. Así es que recibió con agrado la noticia, preparándose a obsequiarlos, y a sorprender con su lujo a la mujer de Alberto que, a juzgar por el retrato, le parecía muy vulgar. Les dejó su cuarto, por indicación de Julián, y convirtió en alcoba su elegante tocador, dándole órdenes a Teresa

para que atendiera a todo y a que los huéspedes en la semana que iban a pasar con ellos no echaran nada de menos. Pero Julián tuvo que desistir de llevarla a recibir a la estación a su cuñada, pues el tren llegaba a las siete y era muy temprano para que Rosario se levantara.

La mujer de Alberto era muy joven, pero como sucede a las hijas del mediodía, estaba completamente formada, y al verla nadie le hubiera calculado diecinueve años. De estatura mediana, un poco gruesa, pero ágil y graciosa en sus movimientos, y andando con donaire incomparable, sus ojos negros y vivos, su blanquísima dentadura que lucía mucho, pues sobre tener la boca grande reía frecuentemente, la hacían en extremo atractiva y simpática. Abrazó con efusión a Rosario, a quien trató como a una hermana mayor, y tuvo para Julián frases cariñosísimas, y en el seno de la familia que miraba como suya, hablaba y se movía con expansiva franqueza. Todo lo encontraba bonito, elegante, y no cesaba de celebrar la ciudad y sobre todo la casa de su cuñada, puesta con un lujo, lo confesaba, como no había ninguna en su pueblo.

Tenía al hablar con su marido inflexiones de voz que eran caricias, y miradas en que se leía el poema de un amor feliz. Y mientras Julián se alegraba de ver la dicha de su hermano, cuyo rostro resplandeciente era la mejor revelación, y empezaba a querer a aquella

niña cariñosa y expansiva, Rosario la encontraba vulgar, fastidiosa, y falta por completo de distinción. Hasta su nombre —Angustias— la atacaba a los nervios. Era mucha extravagancia que se llamara Angustias una mujer alegre como unas castañuelas, y cuya risa sonora tenía alborotada la casa.

Hasta Alberto estaba variado y, ocupado únicamente de su mujer, había perdido aquel ingenio y gracia chispeante que hacían antes tan amena su conversación. Sentía, al verse relegada a segundo término —pues Julián se ocupaba naturalmente más de Angustias que de ella—, un necio despecho que la irritaba sin saber por qué.

Por fin pasaron al salón, y Alberto la invitó a que tocara el piano, para que la oyese su mujer; mientras ella condescendía con gesto desabrido, Angustias, que era curiosa y cuya vivacidad no le permitía estar un momento quieta, iba cogiendo del velador y mirando en la mano los *bibelots* y los cachivaches que tenía cerca, acabando por hojear un álbum de retratos. La felicitó sin embargo calurosamente cuando hubo concluido, pero confesando con ingenuidad que a ella como ignorante no le gustaba la música clásica. Rosario apenas le contestó. Julián acabó por notar la sequedad de su mujer, aunque sin saber a qué atribuirle, y multiplicaba sus atenciones para que Angustias no la advirtiese.

—Tu cuñada es insoportable —le dijo Rosario no bien quedaron solos.

—¿Ella? ¿Y en qué te ha ofendido? Me parece por el contrario verla muy contenta de hallarse con nosotros y que tú le has sido muy simpática. Hace un momento me decía: “Julián, qué hermosa es su mujer”.

Rosario desarrugó un poco el ceño.

—¡Ah!, conqué me encuentra hermosa —y volvió la cabeza hacia donde había un espejo—. La verdad es que comparada con ella... tiene... un cuerpo como un colchón... no, y hasta a Alberto lo encuentro yo variado. Está más grueso, y ya no tiene aquel genio alegre y bromista. El matrimonio lo ha puesto muy prosaico.

Luisa presentose al día siguiente a visitar a los recién llegados, y llevó a su hija que ya tenía tres años y era una chiquilla monísima. Angustias simpatizó mucho con ella y, sobre todo, la niña le encantó. Se la sentó en las rodillas, le dio bombones de un cartucho que le había traído su marido, y quería a toda costa que Luisa se la dejara a pasar el día.

La hacía charlar, celebrando su infantil ceceo y la cubría de besos, metiendo sus dedos entre las guedejas rubias de la chiquilla, con retozos de muchacha. Hubiérase dicho una niña jugando con su primera muñeca. Rosario, hallando todo aquello pueril y necio, estaba

bastante aburrída de una visita en la que servían de principal tema las gracias de Luisita.

—¿Le gustan a usted mucho los niños? —preguntó la señora Valdés, encantada del triunfo obtenido por su niña querida—. A mí me pasa lo mismo, y crea usted que lo único que siento es tener esta sola, pues temo perderla, y en cuanto la veo malita, ya estoy volviendo loco al pobre Manuel.

—Me gustan con delirio, aun cuando no sean tan bonitos como ésta —dijo Angustias—, y creo que si no los tuviera no me consolaría jamás. ¡Es tan triste una casa sin niños! ¡Ah!, perdóname —añadió volviéndose hacia Rosario, que había hecho un movimiento—, soy una aturdida. Olvidaba que tú no los tienes, y esta conversación ha de serte mortificante.

—Te engañas —dijo la joven irritada de que Angustias pretendiera compadecerla, cuando ella creía que la envidiaba—. Siempre me he alegrado de no tener hijos, y lo que vosotras llamáis enfáticamente *mi desgracia*, lo miro yo como una felicidad.

Valdés y Alberto sonrieron, tomando como una inocente bravata esta afirmación, pero a Julián le produjo un verdadero dolor. Conocía bien a su mujer para adivinar que decía lo que sentía, y aquella sequedad de corazón, aquella dureza en una criatura joven como Rosario, tenían algo de horribles.

—¿Oh? ¡No dices lo que sientes! —protestó Angustias.

—Los chiquillos sólo dan malos ratos, y luego, ¡cuesta tanto criarlos! Las mujeres se marchitan, aquí está el doctor que no me dejará mentir, se ajan, pierden la esbeltez de su talle, y la verdad es que para las que nos hemos casado jóvenes, encontrarse a los pocos años de matrimonio con un par de chiquillos que nos impidan salir y convertidas en unas viejas es un porvenir aterrador. Además, mientras son pequeños todo lo rompen y ensucian, y a mí me gusta tener mi casa como un templo, que nadie me moleste cuando me echo a descansar un poco. Me hubieran dado muy malos ratos.

Se comprendía en el tono en que Rosario había expuesto sus razones que decía la verdad, y todos callaron. Alberto se encogió de hombros, pero Valdés involuntariamente miró a su amigo, que aparentaba fijarse en los grabados de un periódico ilustrado que tenía en la mano, pero cuyo rostro ligeramente contraído dejaba adivinar su dolorosa emoción.

Muchas tardes, con objeto de que Angustias se distrajera, salían a pasear en coche los cuatro, y entonces la conversación era general. La joven recién casada que quería ya a Julián como si le hubiese conocido toda la vida, experimentaba pocas simpatías por Rosario, cuya sequedad había acabado por herirla.

Su franqueza de los primeros días había ido trocándose en reserva, y adivinando que la otra le reprochaba como faltas sus sencillas expansiones, evitaba hablar íntimamente con ella y se limitaba a contestarle.

Rosario la llevó una noche al teatro, aprovechando el único traje de *soiré* que traía la joven en su equipaje. Al ver a Angustias escotada, luciendo su hermosa garganta y sus brazos redondos que formaban un hoyo encantador en el codo, quedose sorprendida. Se miró al espejo, comparó sus brazos delgados, que no llegaban a disimular los larguísimos guantes de cabritilla, con la hermosura resplandeciente de Angustias y experimentó un sentimiento de envidia y de ira.

Ella no podía ir con aquel traje, temía verse eclipsada, y fingiendo que tenía un poco de tos se puso un vestido alto. Pero estuvo en el teatro nerviosa y displicente, y como no sabía dominarse, apenas habló a Angustias, que estaba extrañada y sorprendida de tanta frialdad. Julián sufría adivinando que su joven cuñada no llevaría una impresión muy agradable de su mujer, y que aquel viaje que Alberto había hecho para estrechar los lazos de familia tendría un efecto contraproducente. En vano había hecho algunas observaciones a Rosario para que prescindiera de su carácter y tratase con un poco más de afecto a Angustias, porque ella, acostumbrada a hacer siempre su voluntad, no quiso atenderlas.

Alberto y su mujer marcháronse después de haber pasado una semana con ellos, y sin que Angustias aceptara la invitación de su cuñado para permanecer unos días más. Siguieron su viaje y Alberto que quería en extremo a su hermano, y que como hombre daba poca importancia a las cosas de Rosario, le seguía escribiendo con la misma frecuencia que antes. Tampoco Angustias era capaz de pretender indisponer a los hermanos entre sí y, por otra parte, Julián le era muy simpático, y le había tomado verdadero cariño, recordando todo lo que había hecho por Alberto.

Lasaleta se alegró casi de la marcha de su hermano, pues temía que en la forzosa intimidad de la vida de familia llegase a descubrir que no era feliz, y quizá a penetrar la causa secreta de su desventura. Su amor, que se esforzaba en disimular a los ojos de Alberto, para que éste no notara por contraste la frialdad natural de su mujer, se vendía a veces con explosiones súbitas. Angustias había presenciado involuntariamente una de éstas, que le causó bastante sorpresa y Julián recordaba la expresión de su rostro, cuando una tarde, creyendo estar solos, acercose cariñosamente a su mujer y ella le rechazó con desvío.

Estaban en la sala, era el crepúsculo de la tarde y Rosario sentíase fastidiada, displicente y de mal humor. No acostumbrada a dominarse por nadie, hizo recaer

sobre su marido su inmotivado disgusto. Julián protestó de aquella sequedad con una queja amarga que la hizo encogerse de hombros, y la escena hubiera continuado si Angustias, que se hallaba en un extremo tratando de aprovechar la poca luz para leer, no hubiese hecho ruido advirtiendo así su presencia y evitando una indiscreción. Pero al acercarse estaba encarnada, y Julián comprendió fácilmente que había oído sus palabras.

Desde aquel día notó en su hermano un exceso de cariño que atribuía a que, enterado por Angustias de su desavenencia matrimonial, quería indemnizarle sin aparentar que sabía nada. Y él no quería que nadie tuviese el derecho de juzgar a Rosario con severidad. Habló muchas veces de ella con Alberto, hasta que el joven quedó convencido de que eran dichosos, y de que aquella escena a que Angustias había dado tanta importancia era sólo una querrela pasajera.

Pero Julián temía que pudieran repetirse, y que si la estancia de su hermano se prolongaba, le sería imposible engañarle. Luego la penetración femenina de Angustias le daba miedo, y adivinaba que si su mujer era hostil a la joven, ésta tampoco tenía por ella muchas simpatías. La mujer adivinaba a la mujer, y las dos viéndose tan diferentes en carácter y en gustos experimentaban sin analizarlo un sentimiento de repulsión.

Angustias había dicho ya a su marido, que estaba convencido de lo contrario por las protestas de Julián:

—Tu hermano no es feliz.

Y queriendo mucho a su cuñado, hacía recaer sobre Rosario la responsabilidad de la desventura que adivinaba.

El día que trataron de la maternidad, y que la joven se expresó con tanta dureza, su marido tuvo un verdadero dolor. Preveía que su hermano y Angustias iban a llevarse una opinión desfavorable e injusta de su mujer, porque él creía que Rosario se había calumniado.

Decía aquello pensándolo, pero sin comprender los tesoros de ternura que al ser madre brotarían en su pecho y que aún ignoraba.

¡Un hijo!, ¡un pequeño ser que, alma de su alma, le hubiera compensado de su amargura, y que haría latir el corazón de Rosario con la fuerza invencible de la naturaleza! La madre hubiera transformado a la esposa, y Julián aguardaba con ansia aquel acontecimiento que debía ser el rayo de luz de su existencia, permitiéndole conquistar el amor de Rosario al pie de la cuna de su hijo, e infundir en la hermosa muñeca un alma como la suya que palpitara de pasión.

El contraste de la dicha de Alberto, del cariño profundo y vehemente que su mujer le profesaba, si no le hicieron concebir mezquina envidia, pues se alegraba

de verlos felices, contribuyó a hacer más intolerable la propia desventura. ¿Por qué Rosario no era como Angustias? Mil veces más querida, pues su pasión no tenía límites, le correspondía con frialdad, y su temperamento frío, su carácter profundamente egoísta, la hacían incapaz de comprenderle.

Pero él la había escogido idolatrando su hermosura, y se decía que, aun tal como era, su pasión insensata no consentía en cambiarla por ninguna otra mujer.

IV

Lasaleta empezó a entregarse a la política, buscando ocupación a su actividad y un objeto que llenara el vacío de su vida. Conocido ya por sus ideas liberales, sus correligionarios aceptaron con júbilo la cooperación activa de un hombre cuya intachable reputación y elocuentísima palabra podían serles en extremo útiles.

Lasaleta llevaba a la defensa de sus convicciones no sólo las mil armas que su vasta ilustración le proporcionaba, sino el apasionamiento propio de su carácter.

No tardó en presentarse con la denuncia del periódico liberal *La Región* un motivo para que los hombres del partido apreciaran todo lo que valía Lasaleta y las ventajas que podría reportarles el contarle en sus filas. Nunca su voz sonora y varonil había sido oída en la tribuna con tanto entusiasmo por el público que invadía la sala de la audiencia, ni conceptos más elocuentes y enérgicos resonaron en aquellos lugares para defender la independencia de la prensa. El gesto, la expresión, el brillo que centelleaban sus ojos electrizaron el auditorio, que le interrumpía con atronadores aplausos. Cuando

La Región fue absuelta, un grupo de prohombres del partido y de periodistas acompañó al abogado a su casa donde tuvo lugar una reunión política.

Pronto se vio obligado Lasaleta a trabajar hasta de noche, pero no por asuntos de su profesión que tenía un poco abandonados, sino en artículos políticos que escribía para el periódico órgano de su partido. Su amigo el doctor Valdés, que visitaba la casa íntimamente, le aconsejaba que disminuyese las horas de trabajo, pues su salud se resentía con las largas veladas. Empezaba a cubrirse de canas su cabeza, profundas sombras circuían sus ojos de un brillo casi febril y estaba pálido y demacrado.

La vida que llevaba era a propósito para destruir un organismo más fuerte que el suyo. Luchas políticas que exaltaban su cerebro y luchas interiores que desgarraban su corazón. Después del baile al que acompañaba siempre a Rosario, a su hermosa muñeca cubierta de encajes y pedrería, venía a encerrarse en su despacho para trazar con mano febril el artículo de oposición.

No quería dejarla ir sola, comprendiendo como hombre de mundo los peligros a que una mujer como Rosario está expuesta en sociedad si la frecuenta sin la égida protectora de su marido, y no se atrevía a obligarla a no salir seguro, con el conocimiento dolorosamente adquirido del carácter de ella, de que iba a aborrecerle. Y

él deseaba su amor, por pequeño que fuera, con el ansia con que se acerca el sediento a la fuente para beber aunque no sea más que una gota de agua.

Rosario perdió por aquel tiempo a su padre, y las leyes de la sociedad la obligaron a renunciar durante la época del luto a su lujo desenfrenado. Lasaleta presencié profundamente conmovido los gritos de las dos mujeres, el dolor de Rosario que no quería ver a nadie, y que hacía resonar la casa con sus sollozos. Teresa y Luisa no se apartaban un momento de ella, y Valdés se decidió a recetarle un calmante para hacer cesar aquella excitación nerviosa.

Al día siguiente supo por una media conversación que oyó entre la doncella y Teresa, [quien] se había asomado detrás de las persianas del gabinete para ver el acompañamiento que llevaba al féretro, que [Rosario] se disgustó porque él no invitó al alcalde, que era amigo de la casa, para que presidiera el duelo. Por la mañana, la oyó desde su despacho llamar a Teresa para que le llevase los periódicos de la víspera, y pedirle que le leyera lo que habían puesto de la muerte de su querido papá.

A la hora del almuerzo estaba ya serena, y habló del lujo que llevaba el féretro, y de las preciosas coronas que había hecho traer del panteón para verlas, celebrando algunas, como la que había ido en nombre

de ellos, escogida no sabía por quién, pero elegantísima con su ancha faja de raso negro en que estaba el lema:

A nuestro padre, sus desconsolados hijos Rosario y Julián

También había habido otras bonitas y lujosas, pero la de Valdés y Luisa resultaba cursi con sus siemprevivas y violetas arregladas tan sencillamente.

—Él tiene pésimo gusto para todo —decía Rosario—, y como Luisa estaba acompañándome, no pudo elegirla. Lo mismo pasa en todo lo que escoge, pues el otro día se presentó la chiquilla con un sombrero que le había comprado su papaíto y parecía propiamente una espuerta. No se te vaya a ocurrir encargarle nada a Madrid cuando vaya, pues Dios sabe el esperpento con que se presentaría.

Julián la oía dolorosamente sorprendido, pues no creyó que su insensibilidad, la dureza de un corazón que no podía amar, llegasen a tanto. La oyó discutir con empeño el figurín de su traje de luto, exigir a la modista que se esmerase para parecer siempre hermosa, y presintió que si aquel era el dolor por la pérdida de un padre que la había idolatrado, sería análogo el que sintiera por la muerte del esposo.

De pie, con los brazos cruzados, seguía con la vista los movimientos de aquella mujer que adoraba, pero

que en aquel momento le era casi repulsiva. La joven sacaba del armario de luna, y los miraba con pena, sus trajes de color, sus manteletas y adornos. Un traje de faya crema, con rico encaje valencienes, que él le encargó a París para que lo luciese en las próximas fiestas, le arrancó un sollozo.

—¡Qué mala suerte tengo! —dijo con aquella inconsciencia feroz que la caracterizaba y era el tormento de Julián—. ¡Tener la desgracia de perder al pobrecito papá antes que se hubiera dado el baile del casino!

Julián la miró de un modo que, si lo hubiese comprendido, la habría hecho estremecer. Había ira, desprecio, coraje y sobre todo un dolor inmenso, infinito, el dolor de un hombre que al despertarse se halla en un abismo. Hasta entonces no había penetrado por completo en el alma de Rosario. No era sólo una mujer sin corazón, una muñeca que se viste y adorna para llamar la atención de la multitud; todo eso lo sabía. Era un ser inconscientemente feroz que, acostumbrado a pensar sólo en sí, no le afectaban las penas de los demás sino en la relación que pudieran tener con ella misma.

Julián recordaba sus años de matrimonio, en que aquel carácter le hiciera sufrir tan cruelmente, y comprendía que ella era irresponsable porque no se daba cuenta del mal que hacía. Pero él, que siempre había

lamentado la esterilidad de su mujer, se alegró aquel día de no tener hijos.

El tiempo pasaba, y las luchas políticas en que Julián se arrojara con desesperación buscando algo que ocupara su cerebro iban cada vez exaltándose más. Escribía artículos en *La Región*, que, por sus ideas avanzadas y el estilo brillante y culto en que las envolvía, tenían extraordinaria resonancia. La prensa de todos los matices se ocupaba a menudo de él, y su nombre, discutido por sus contrarios y elevado a las nubes por sus amigos, había perdido el sello de imparcialidad, y era antes que el del abogado, el del jefe político.

Tenía el bufete casi completamente abandonado, pues no sólo sus nuevos trabajos le impedían consagrarse al ejercicio de su profesión, sino que muchas personas del partido contrario rehusaban confiar sus asuntos a un hombre que tanto se señalaba en la política. En su despacho reuníanse dos veces por semana los prohombres del partido liberal, y los redactores políticos de *La Región* y de *La Patria*, y allí se discutía la marcha política del gobierno, comentábanse las noticias de Madrid, y entre discursos que brotaban espontáneos en el ardor de la disputa de aquellos hombres que, como meridionales, eran de fácil palabra, y acuerdos que rara vez dejaban de ser discutidos, les daba la una de la noche.

Rosario que estaba ya acostada, oía desde su lecho, soñolienta, el rumor de las discusiones, la voz de Julián elevándose vibrante con el prestigio que le daba su elocuencia, y muchas veces llegaban hasta ella truncadas y sin sentido palabras de libertad y de reforma.

Como no leía más periódicos que los de moda y alguna que otra gaceta, y aborrecía las conversaciones serias, aquella situación política en que su marido representaba tan importante papel le era casi desconocida. Algunas veces Luisa y Teresa hablaban delante de ella de artículos de periódicos que llevaban al pie la firma de Julián, y que eran objeto de repetidos ataques por la prensa contraria, pero ella no le daba importancia. Oía a Lasaleta, a veces hasta las dos de la mañana, recorrer a largos pasos el despacho, y luego el chirrido de la pluma al deslizarse sobre las cuartillas, y creyendo que como en los primeros años de su matrimonio se trataba de algún pleito, dormíase tranquila. Lasaleta no hablaba jamás con ella de política, y evitaba cuidadosamente toda ocasión que pusiera en contacto a Rosario con sus amigos que se reunían sólo en el despacho.

Julián estaba bastante cambiado, física y moralmente, aunque ella no lo notaba por la costumbre de verlo todos los días y por su escaso espíritu de observación. De franco que era se había hecho reservado, y tenía a veces salidas bruscas ajenas a su carácter y que

denotaban una extraña excitación interior. Rosario le veía sin que pudiera explicarse estos rápidos cambios, apasionado hasta el delirio con arrebatos de adolescente que saborea la dicha de un primer amor, y luego, sin causa visible, glacial y desdeñoso. Sus ojos tenían extraño brillo cuando se fijaban en ella, y muchas veces creía sorprender en sus palabras un fondo de amargura y de sarcasmo. Ella era una esposa modelo, fiel hasta lo inverosímil, pues en el tiempo que llevaba de casada no se había permitido ni un mal pensamiento, y esta virtud en la que creía se resumían todas las virtudes de las mujeres le daba derecho para ser exigente. Julián era bueno y cariñoso, nunca le negaba nada, pero aquellos bruscos cambios de carácter eran bastante desagradables y se necesitaba toda su bondad para sufrirlos en silencio.

Luisa le hizo observar un día la extremada demacración de su marido, sus ojos hundidos en sus cavidades, su palidez, consecuencia de la vida agitada que llevaba y que había desarrollado una enfermedad nerviosa que le ponía a ratos casi febril. Rosario se alarmó terriblemente, pues ella había notado también aquellos fenómenos, aunque sin darle importancia hasta que las palabras de Luisa la hicieron reflexionar.

—¿Lo quieres mucho, verdad? —preguntó la señora Valdés al ver el estado de zozobra de Rosario—.

No tengas cuidado. Manuel hará lo posible por ponerle pronto bueno.

—Pronto, sí, pronto —contestó Rosario—. Ya ves, aunque tenga a Teresa para que lo cuide, una enfermedad larga sería horrible, ahora que voy a quitarme el luto y a poder salir. Dile a Valdés que venga hoy mismo y que recete, que, aunque Julián es caprichoso, yo me encargo de hacerle cumplir lo que él mande.

Rosario temía como una verdadera desgracia que su marido fuese a enfermarse en aquellas circunstancias, cuando faltaba un mes para la fiesta que iba a dar el gobernador en su palacio y para la que tenía encargado un precioso vestido. Sería verdaderamente una persecución de la suerte que él, que no se enfermaba nunca, fuese a caer en cama en aquellos días. Vino Valdés, que recetó ante todo un calmante, ejercicio, alimentos sanos y disminución de las horas de trabajo con encargo absoluto de no hacer nada de noche.

Julián había quedado sorprendido de aquella prueba espontánea de cariño que le dio su mujer, y de los mimos que le hacía para obligarle a salir y a que no bajara de noche. Le tocaba el piano escogiendo las piezas que más le gustaban y hasta dejó de ir a una reunión por no dejarle solo, temiendo que se pusiera a trabajar en el despacho y se perdiera todo lo ganado. Ella no era naturalmente cariñosa, pero en aquellas circunstancias

supo hallar palabras que hicieron más bien al enfermo que todas las recetas de Valdés. Su corazón atrofiado por el dolor experimentaba inmenso bienestar con la nueva ternura de Rosario que vertía bálsamo sobre las heridas mal cicatrizadas.

A los pocos días había mejorado notablemente, adquiriendo buen color, más apetito, y cesando casi por completo la excitación nerviosa. Aunque a Rosario no le gustaba pasear más que en coche, lujosamente vestida, se impuso por su marido el sacrificio de salir todas las tardes a pie, manchando con el polvo y el lodo sus irreprochables botinas.

Iban a una alameda lejana y solitaria, pues a ella no le gustaba que la viesan más que en su esplendor, y Lasaleta se abandonaba a un mimo a que no le tenía acostumbrado. Durante los largos paseos le hablaba con entusiasmo de sus luchas políticas, y brotaban de sus labios frases elocuentes y conceptos elevadísimos al tratar de los ideales que veneraba, sin fijarse en que ella no le oía. Rosario con la imaginación lejos de allí, veía el salón del palacio, las luces, los uniformes, el ruido ensordecedor de la orquesta, y entre el grupo de hombres que formaban la comisión de recibo, adelantáronse varios disputándose el honor de subirla de brazo por la amplia escalera. Ella estaría hermosísima, con su traje blanco, alrededor de la garganta su magnífico hilo de

perlas, y volvería a empuñar el cetro que la muerte de su padre le hizo ceder a sus rivales. La idea de la próxima fiesta, de aquellos homenajes de que había estado tanto tiempo privada, llegó a constituir una verdadera obsesión, como la del borracho que, privado de su licor favorito, siente en el paladar aun antes de probarlo de nuevo la voluptuosidad del vicio satisfecho.

Aquellos días de descanso, el bálsamo que los cuidados de Rosario vertieron en la llaga siempre abierta hicieron mucho bien a Julián. Su mujer veía con júbilo esta mejoría y se creía segura de triunfar de los obstáculos que pudieran oponerse a la satisfacción de su capricho. Llegó el día del baile, y la invitación para Lasaleta que, por lo mismo que estaba señalado en la política opositora, se deseaba más verle en palacio y, sobre todo, en una fiesta oficial.

Rosario que había solicitado indirectamente por medio de una amiga la invitación la aguardaba ansiosa. No bien la tuvo en su poder y, sin dudar por un momento que su marido se negara a acompañarla, llamó a Teresa para que le preparase la ropa que debía llevar por la noche. Se probó el traje ciñendo aún más la ancha faja de muaré que oprimía su cintura, y empleó una hora en escoger las joyas que debían adornarla.

—No me gusta ninguno de estos abanicos —dijo separando con desdén varias cajas que tenía abiertas so-

bre la mesa de su cuarto-tocador—. Ponte la mantilla y sal ahora a comprarme uno. Revuelve todas las tiendas, no me importa que tardes, con tal que me traigas una cosa bonita y de moda.

Teresa se vistió rápidamente acostumbrada a obedecer las órdenes de la señora, que no admitía dilaciones. Al poco rato estaba de vuelta, trayendo varios abanicos de encajes y de plumas, todos preciosos y de mucho lujo. Rosario los abría y cerraba pausadamente, tratando de darse cuenta del efecto que producirían, y por último escogió uno de carey y plumas blancas de avestruz, elegantísimo, y único modelo que se había recibido de París. Jugó con él como una niña, con voluptuosidades de enamorado, aproximando las plumas a su cutis finísimo para sentir las cosquillas. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan feliz y, con un movimiento generoso de los que tenía cuando estaba contenta, regaló a Teresa un abanico ajado en los dobleces, y una manteleta que no se ponía por no estar ya de moda.

No bien sintió la voz de los pasantes que se despedían, cuando sacó su pequeña cabeza por el *portière* llamando a su marido.

—Julián, si has concluido ya el trabajo, ven, te espero en el tocador.

V

Lasaleta acabó de cerrar los cajones de su bufete, recogió unos papeles que habían quedado olvidados sobre la mesa y que debían ir al archivo, y se dirigió a donde le llamaba su mujer. Ésta, sentada en un sofá, en el que le hizo cariñosamente lado, tenía en la mano el abanico de plumas que acababa de comprar.

—¿Te gusta? —preguntó con un mohín de coquetería—. Es un poco caro, pero como tú me quieres tanto y me has dicho muchas veces que compre lo que quiera...

—Muy bonito y si te agrada has hecho bien en tomarlo.

Julián estaba tan acostumbrado a los costosos caprichos de su mujer que aquel no debía extrañarle, y no sabía negarle nada sobre todo cuando se lo pedía con tanto cariño.

—Como esta noche hay un baile —prosiguió ella—, se me presenta una magnífica ocasión para estrenarlo. Ya verás cómo rabiarán de envidia mis amigas, que no cuentan con que voy a presentarme para eclipsarlas.

—¿Un baile? —preguntó Lasaleta sin adivinar aún, tan lejos estaba su pensamiento de creer que quisiera ir a palacio.

Rosario le presentó la invitación.

—Imposible. No pretendas que te acompañe. Mi vida política, los compromisos que tengo con los de mi partido me cierran esas puertas, y hasta me extraña que al poner esas tarjetas se hayan acordado de mí. Sabían de sobra que no íbamos a asistir.

—¿Por qué no? —interrogó Rosario sorprendida e irritada—. Hemos ido otras veces, y acuérdate que de recién casados con frecuencia me acompañabas a las reuniones de palacio.

—Fue en otra época. En primer lugar, el gobernador era una persona bien considerada en la ciudad por todos los partidos, y a su casa concurrían liberales y conservadores. Hoy la política lo envenena todo, hay un abismo entre unos y otros, y como redactor principal del periódico que más le combate, ni quiero ni debo ir a su casa.

—Pero por mí, por complacerme, bien puedes hacer ese pequeño sacrificio. Te lo agradeceré tanto...

Rosario continuó rogando con ternura, oprimiendo entre sus manecitas la mano de su marido, tratando de vencer una resistencia que la sorprendía. Era la primera vez en su vida que le negaban algo que solicita-

ba con empeño, pues el padre y el marido habían sido igualmente débiles para sus caprichos de niña mimada.

—No insistas —dijo Julián cariñosamente—. Si me fuera posible complacerte, no tendrías que rogarme tanto, pues sabes que te concedo todo lo que me pides. Pero hoy —continuó con firmeza—, no puede ser.

Rosario se levantó con un brusco ademán de enfado.

—Y hoy deseo yo más que nunca que me complazcas.

—No puede ser. Ya te he explicado antes los motivos. Lo siento muchísimo, pero no puede ser.

Hubo una larga pausa. La joven estaba pálida, nerviosa, y sentía que la cólera, la ira al verse contrariada, empezaba a invadirla. Por lo mismo que se incomodaba pocas veces, pues su temperamento frío necesitaba una fuerte sacudida para hacer explosión, sus arrebatos, que ningún freno contenía, eran más terribles.

—Por cuestión de partido, por necio orgullo —dijo con voz sarcástica, mientras el temblor de sus manos, signo en ella habitual de la cólera, denotaba la ira que la invadía—, me sacrificas a mí, a tu mujer. Ese partido tiene muy pobre idea de su dignidad, cuando tu presencia en casa del gobernador puede comprometerla, y muy mezquino concepto de ti, cuando la más leve sospecha puede alcanzarte.

—Rosario, no sabes lo que dices.

—Lo sé —repitió con más desprecio—. Vosotros no hacéis política. Lucháis, discutís en los periódicos hasta adquirir un nombre que tenga su precio en el mercado y que se compre con un destino o un puñado de oro. Comprendo, si son así, que se inquieten de verte en palacio, y que tu presencia sea mal interpretada, ¿creen que irás a disputarles su pitanza?

—No conoces a mis amigos y sólo así comprendo que los trates de ese modo. Tus sarcasmos, tu ira, me dan pena, porque veo que estás lejos de comprenderme.

Julián sufría al oírla expresarse así y en vano trató de hablarle el lenguaje de la razón, conservando toda su sangre fría, ante la violenta obcecación de ella. Su ira, su rabia al verse contrariada tomaban proporciones sorprendentes en una mujer que no se irritaba jamás. Cuando vio que su marido era inflexible, que todos sus esfuerzos para convencerle eran inútiles, destrozó con gestos bruscos de que nadie la hubiese creído capaz, el abanico de plumas que acababa de comprar, y daba golpes con el varillaje roto sobre la mesita velador, produciendo un sonido seco. La pasión de la vanidad produjo en aquella mujer que no tenía pasiones, de temperamento frío y corazón endurecido, en aquella muñeca sin nervios y sin alma, una verdadera crisis.

—De modo que todos mis sacrificios —dijo en uno de esos momentos de ira en que no se miden las pa-

labras—, han sido inútiles. Mi abnegación al acompañarte a esos fastidiosos paseos que mandaba Valdés, mi generosidad al quedarme en casa por las noches aburriéndome yo para que te distrajeras, han tenido esta recompensa. Hoy gracias a mí estás bueno, puedes salir, y cuando te pido que me lleves a una fiesta, a un baile para el que tengo el traje hecho, y que deseo hace más de un mes, te niegas como un egoísta a complacerme.

Lasaleta había palidecido desde las primeras palabras, adivinando al fin todo el cálculo mezquino que se ocultaba bajo su ternura pasada. Una nueva herida profunda y dolorosa venía a desgarrar su alma, ya lacerada por los mil sufrimientos que su pasión por aquella mujer le había hecho experimentar. Se acercó a ella con un movimiento brusco y con voz que la ira había vuelto súbitamente ronca, y en la que palpitaba un dolor inmenso.

—De modo que todo era un cálculo miserable y me engañabas con una falsa ternura.

—No te engañaba, quería que te pusieras pronto bueno.

—¿Para ir a esa fiesta maldita?

Rosario vaciló un momento. Pero estaba irritada, ofendida, y sin poderse contener, dejó escapar la verdad de sus labios, adivinando que iba a herirle y viendo en aquella herida su venganza.

—Sí.

Julián se dejó caer en el sillón, ocultando el rostro entre las manos. Aguardaba aquella palabra, sabía de antemano que era la expresión de una verdad horrible y, sin embargo, le lastimó profundamente al pronunciarla aquella boca querida.

La conocía hipócrita y falaz, pero no la creía cruel hasta aquel punto, ni que cuando una mentira le era tan fácil, tuviera valor para hacerle frente a frente aquella espantosa revelación.

—¡Oh! —dijo levantándose y en un arrebato de ira—, ¿qué clase de mujer eres tú, y de qué masa dura como el granito te han formado? Mis sacrificios, mi abnegación, el amor inmenso que te tengo, no han despertado en tu alma ni un átomo de piedad. Vivimos juntos, estrechamente unidos hace seis años y en ese tiempo ni una queja, ni una reconvención han dejado escapar mis labios. Y sin embargo sufría cruelmente. Tu frialdad, tu egoísmo, la indiferencia con que pagabas mi ternura, me destrozaban el alma. Pero yo, ¡insensato! no quería acusarte. Me culpaba a mí mismo de no haber sabido despertar en tu pecho el amor que latía en el mío, y trataba de engañarme, diciéndome que tu insensibilidad era pasajera. Y doblegaba mi carácter a tus caprichos, te entregaba mi fortuna, diciéndome que tú eras buena y que tanta ternura y tanta abnegación acabarían por conquistarme tu cariño.

Julián se detuvo un momento. Hablaba por primera vez de sus dolores íntimos, de aquel martirio sin nombre, en que su alma había quedado destrozada. Algunas gotas de sudor helado brotaron de sus sienes, que se apresuró a enjugar con un movimiento maquinal.

—Hace días —prosiguió—, tuve una luz de esperanza y presentí la dicha. Me sentía enfermo, y tú viniste a mi lado, me acompañabas siempre, y tus palabras tenían inusitada ternura. Me creí feliz, pensando que tu corazón se había despertado y que por fin me comprendías y me amabas.

—Julián... dijo la joven dando un paso hacia él.

—¡Y era mentira! —exclamó Lasaleta con un grito ronco y extendiendo el brazo para detenerla—, ¡era mentira! ¡Se trataba de un cálculo mezquino, de una combinación para una fiesta donde era necesario que fuera el esposo aun dejando en el umbral jirones de su honra! Y la mujer capaz de aquella infamia, la mujer que contaba impasible las pulsaciones de la fiebre soñando con valsos y rigodones al lado del enfermo, era la mía. ¡Oh!, Rosario, Rosario, no sabes todo el mal que me has hecho.

Rosario había oído en silencio la violenta acusación de su marido, preguntándose si se había vuelto loco: ella no hallaba nada en su conducta que mereciera tacharse de infame. Pero cuando Lasaleta calló, renunciando a

conmoverla, pues le había oído muda e irritada, se acercó a la mesita donde él se apoyaba, con ademán de amenaza.

—Me has insultado —dijo con rabia que no trataba de disimular—, y eso no lo olvidaré. Tus acusaciones, tus necias quejas, no tienen fundamento. Dices que no te quiero, y si así fuera, ¿de quién es la culpa si no de ti que no has sabido hacerte querer?

Sus frases, sus alusiones premeditadamente crueles, el gozo feroz con que hería el corazón del hombre que tanto la amaba, tenían algo del ensañamiento con que algunos criminales se complacen en revolver el arma en la herida, ciegos por el mismo daño que causan. Lasaleta la oyó decir cosas, entrevió abismos en su carácter, cuyo recuerdo torturador iría a perseguirle en sus noches de insomnio.

VI

La llegada de una compañía de ópera le proporcionó el medio de aplacar a Rosario, abonándola a un palco donde podía ser vista y admirada. Pero esta complacencia, si bien fue aceptada con rostro afable, no logró extinguir el rencor que guardaba mezquinamente en su alma y que la superioridad de su marido y su energía de carácter le hicieron concebir. Entretanto, sus gastos locos, el lujo desenfrenado que volvía a desplegar, no eran ya compatibles con las rentas de Lasaleta, que había ido vendiendo poco a poco todo su papel del Estado y cuya clientela estaba muy reducida. Llevábanle numerosas cuentas de su mujer, que si al principio pagó sin protestar, tuvo luego que hacer observaciones a Rosario, demostrándole que corrían a una ruina inevitable.

Ella contestó que gastaba lo mismo que antes y que además tenía que indemnizarse de la economía forzosa de un año de luto. Estaba abonada al teatro, y debía presentarse con el lujo de siempre, pues para no ir bien puesta prefería quedarse en casa. Julián le indicó de

nuevo que, ganando él menos en su bufete, era de todo punto necesario reducir los gastos.

—De modo —replicó ella irritada— que tu jotesca política no sólo me cierra las puertas de la sociedad a que quiero asistir, sino que ahora pretendes obligarme a vivir pobremente. Esa es una mezquindad de que no te creí nunca capaz.

—Pero podemos prescindir del coche.

—Nunca, no pienses en eso —replicó vivamente—. Me obligarías a encerrarme en casa, porque por nada del mundo saldría yo a pie ni en uno de esos horribles carruajes de alquiler. Busca, inventa cualquier cosa, dicen que tienes talento, pero no se te ocurra volver a proponerme sacrificios que jamás ni por nada he de estar dispuesta a hacer.

Lasaleta devolvió a la joyería un costoso prendedor de brillantes que Rosario había hecho apartar, tratando de hacerle comprender que era un necio despilfarrero teniendo como tenía tan ricas alhajas. La joven fue aquella noche al teatro, sólo porque había invitado a Luisa y a Valdés, y no quería que se enterasen de sus desavenencias matrimoniales.

Se puso un traje blanco sencillísimo, con un pequeño escote, pues ella por su delgadez más que por pudor usaba los vestidos casi altos, y en la garganta una cinta de terciopelo. Habló apenas con Julián, que es-

taba sombrío y preocupado, y afectó con los jóvenes que entraron a saludarla una vivacidad y alegría que contrastaban con su actitud anterior. Quería atormentar a su marido prescindiendo en absoluto de él, y lo consiguió plenamente, pues Lasaleta sufría, no por las coqueterías de ella, sino porque adivinaba la intención de mortificarle. Y era horrible para un corazón como el suyo, que no ansiaba más que amor, tropezar siempre con aquel egoísmo y aquella dureza.

Desde entonces comenzó una lucha sorda, continua y profundamente dolorosa para Lasaleta. Rosario, irritada porque la voluntad de su marido le impedía satisfacer aquella sed de lujo que la devoraba, le imponía mil pequeños tormentos. Era tan pronto la respuesta desdeñosa, el desprecio por sus amigos, la burla y el sarcasmo para los ideales que veneraba, o una marcada displicencia que la hacía encerrarse en un absoluto silencio cuando estaban solos. Débil y cobarde ante la voluntad enérgica de su marido que por segunda vez se mostraba inflexible, contaba con aquel medio para obligarle a ceder.

Sabía que era querida con pasión y que, por lo tanto, todos sus golpes eran certeros, y que el que Julián no se quejase, no significaba que no diesen en el blanco. Segura de una victoria más o menos rápida, se irritaba con aquella terquedad que no quería capitular, y que ni siquiera le pedía explicaciones.

Julián procedía con ella con una generosidad sin límites. No quiso privarla del carruaje y continuaban viviendo en la misma casa, contentándose con despedir un par de criados y con decirle que durante el invierno renunciara a hacerse más ropa, y que no volviera a comprar alhajas sin consentimiento y anuencia de él. Aun así, los gastos eran muy crecidos, y tenía que trabajar mucho admitiendo todos los asuntos que le llevaban, con la esperanza de ganar lo suficiente para cubrirlos. Rosario no se ocultaba para manifestarle su desdén, y estas disensiones fueron pronto notadas por Valdés y Luisa, que continuaban visitando íntimamente la casa.

Luisa hizo algunas observaciones a su amiga, con la confianza que autorizaba su amistad antigua, pero fue recibida tan secamente que no se atrevió a insistir. Sabía por Teresa que en aquellos disgustos que amenazaban prolongarse toda la culpa era de ella, pues Julián procedía con verdadera magnanimidad.

La pobre joven que debía a Lasaleta más cariño y atenciones que a su antigua amiga no cesaba de hablar de él con el mayor afecto.

Valdés habló también con Julián, procediendo con delicadeza suma y tratando de inquirir la causa de una desavenencia que en el fondo no podía ser más que cuestión de caracteres.

—Sí —dijo Lasaleta, con amarga sonrisa—, nuestros caracteres son muy diferentes. Yo soy y he sido siempre duro, y aun sin querer parece que la ofendo. Luego ella quiere gastar mucho, como en los primeros tiempos de nuestro matrimonio, y hoy ya no puede ser. Sabes que desde que me metí en la política gano menos, pues se ha reducido mi clientela, y tengo también que trabajar hasta tarde. Pero esto pasará.

—Si ya veo que es una nube de verano, como pensaba —contestó Valdés—. Cuando hay cariño todo pasa. Tiene uno un disgusto, y a los cinco minutos ninguno de los dos se acuerda.

Julián calló. De sus dolores íntimos, de aquel sufrimiento de verse desconocido y ultrajado no le dijo una palabra, comprendiendo que si hablaba iría hasta el fin, y le contaría la historia de su matrimonio con aquella mujer y, ya en la pendiente de las confidencias, le hubiera revelado hasta su amor, aquel amor de que se avergonzaba y que era su tormento.

Sin embargo, llegó el fin del año, y aún acusaba un déficit el presupuesto doméstico de Lasaleta. No se atrevía a imponer una mudanza que hubiera exasperado a Rosario, y aunque le sobraba valor para arrostrarlo todo, e imponerse personalmente los mayores sacrificios, no podía soportar la idea de hacerla sufrir a ella.

Aquella lucha sorda, el desdén cada vez más acentuado con que afectaba tratarle, su aire de displicencia, le atormentaba en extremo. Una vez sorprendió a Teresa guardando rápidamente en el bolsillo un pequeño objeto que tenía en la mano cuando él entró.

—¿Qué es eso? —preguntó acercándose a ella.

La joven vacilaba en contestar, pero no se atrevió a mentir.

—Rosario —dijo al fin sacando un estuche que abrió y que contenía una pulsera de perlas y turquesas— se enamoró de esta alhaja, y me hizo traerla de la tienda, pero a última hora no se atrevió a quedarse con ella y me manda devolverla. Ahora mismo iba a salir.

—Dame —dijo Julián cogiendo el estuche y entrando en el tocador de su mujer, mientras Teresa le seguía con la vista inquieta por el resultado de su indiscreción.

Rosario estaba sentada de espaldas a la puerta y sintió los pasos sin volver la cabeza. Lasaleta la contempló un instante en silencio, y poco a poco se acercó a ella poniéndole una mano en el hombro.

—¡Ah!, ¿eres tú? —dijo la joven con marcada frialdad. Tenía presente la joya de que se había privado por él y estaba de mal humor.

El rostro pálido de Lasaleta, sus ojos profundos y penetrantes tenían una expresión de ternura infinita. Era

como si su alma se asomase a las pupilas para atraer y magnetizar el alma de la mujer que adoraba, y Rosario sin saber por qué se sintió turbada. Sus facciones perdieron algo de su dureza, y por un momento olvidó el cálculo que se había hecho de obligarle a ceder con su desprecio. Julián notó esta emoción pasajera y comprendiendo que iba a darle un placer que sería recompensado sacó del bolsillo el estuche y se lo entregó.

—¡Para mí! —exclamó Rosario exhalando un grito de alegría.

Y luego rápidamente volviéndose hacia él le echó los brazos al cuello.

—¡Qué bueno eres, y cuánto te quiero!

—Sí, quiéreme mucho porque bien lo merezco —dijo con alguna amargura.

—¿Quererte? Te adoro. No hay en toda España un marido tan bueno como tú, pero tampoco hay otro a quien su mujer lo quiera tanto. ¿Quién te dijo que yo deseaba la pulsera? ¡Ah! En la joyería, y como eres tan bueno querías sorprenderme, ¿verdad? Pues te lo agradezco mucho y hace tiempo que no tengo una alegría tan grande. No es por la pulsera, no; tengo otras tan buenas como esa. Es por la prueba de cariño que me has dado trayéndola sin pedírtela. Yo no me atrevía... Tenías una cara tan fosca... Pero ya eso pasó, y viviremos como antes.

—Y me querrás siempre mucho —repitió Julián oprimiéndola contra su pecho.

Sabía que era mentira, que aquella era la misma mujer que le había atormentado cruelmente durante dos meses, sin que en aquel tiempo tuviese un solo movimiento de piedad. Y sin embargo era tan cobarde que gozaba oyendo aquellas palabras y su pasión le hacía estrecharla con júbilo entre sus brazos.

VII

Desde aquel momento Rosario se consideró vencedora y volvió a entregarse a su pasión favorita, al principio moderadamente por un resto de temor. Pero poco a poco fue tomando en las tiendas joyas y telas costosas, que apuntaba a nombre de su marido. El dinero comenzaba a faltar en la gaveta de éste, y Teresa que lo sabía ocultaba las cuentas tratando de entretener a los acreedores.

Julián trabajaba desesperadamente hasta las altas horas de la noche, haciéndose cargo de más asuntos de los que podía, y consumiendo su salud en aquella vida febril. Tuvo la desgracia de perder en la audiencia un pleito ruidoso en que se atravesaban dos fortunas, y éste fue un golpe mortal para su reputación. Dijeron que se había gastado, que, entregado por completo a la política, tenía el bufete en manos de los pasantes y la opinión comenzó a serle hostil. Algunos criticaban el lujo escandaloso de su mujer, incompatible con las rentas de un abogado que vive sólo de su profesión, y su fama de honradez empezó a ponerse en duda. Los muchos

envidiosos que tenía y sus enemigos políticos afectaban dar crédito a estos rumores, que tenían a los ojos de los indiferentes aspecto de verosimilitud.

Un día uno de los acreedores, más osado o más inteligente, evitó la vigilancia de Teresa y logró penetrar en el despacho de Lasaleta. Traía una cuenta de la joyería de *mister* Forestier, donde la señora había tomado alhajas por valor de quince mil pesetas, y se excusaba de venir a presentarla con motivo de que su principal estaba haciendo balance de fin de año. La verdad era que *mister* Forestier oía toda clase de comentarios sobre la situación financiera de Lasaleta, y quería realizar aquellas cantidades antes de continuar fiando nada a la dama.

Julián pagó tomando dinero a intereses elevadísimos, y preguntándose ya con temor si su trabajo honrado bastaría para satisfacer aquellas deudas. Se sentía sin valor para intentar una nueva lucha cuya inutilidad adivinaba, pues Rosario había aprendido bien el medio de hacerle ceder. Su desvío le había vuelto loco, y no quería a ningún precio provocar una situación en que todas las torturas fueran para él. Si quería verla amable y cariñosa, no tenía otro medio, con dolor y vergüenza se lo confesaba, que tratarla como a una mujer venal, y traerle una joya o un regalo costoso. Entonces Rosario se animaba: sus labios pálidos hallaban palabras de

ternura, que recompensaban aquella nueva prueba de cariño, y hacía revivir sus ilusiones de la luna de miel. Sabía el precio a que podía ser feliz y, sintiéndose sin fuerzas para prescindir del amor de aquella mujer, se abandonó a su suerte, corriendo al abismo que veía abierto a sus pies.

Entretanto Rosario era completamente dichosa.

Tenía magníficos trajes, conservaba su coche de pareja, su palco en el teatro, y todos sus caprichos eran satisfechos. Se alegraba de haberse mostrado dura con su marido, pues aquella entereza le hizo desistir de su ridículo y necio plan de economías, pero como el peligro podía volver y Julián era tan raro y testarudo, aprovechaba todas las ocasiones para repetirle que ella no podía prescindir del lujo. Julián solía escucharla con rostro sombrío.

—De modo que si fuera pobre me abandonarías —le dijo una vez con marcado acento de amargura—. Que para ti la dicha está en esas mil necedades que te extasían y no en el cariño verdadero.

—Yo no he dicho eso.

—No. Pero todos los días me repites que no podrías vivir sin coche, que la vida te sería insoportable en la pobreza. Ocho años hace que nos casamos y en ese tiempo no te ha ocurrido ni una vez siquiera decir que no podrías vivir sin mí.

Rosario le miró sorprendida, sin comprender a qué venía aquella queja y por qué a su marido se le ocurría hablar de semejantes puerilidades.

—No lo he dicho porque no me lo habías preguntado —dijo por decir algo.

—¡Oh!, ¿y acaso esas cosas se preguntan? ¿El cariño, el amor que no piensa más que en el objeto amado, que adivina todo lo que a él se refiere, necesita que le enseñen, y que le indiquen lo que ha de decir?

—Pues yo te he probado mi cariño, y hay pocas mujeres que puedan alabarse de haber sido tan fieles a su marido como yo.

La joven habló con orgullo, convencida de que era una esposa modelo, y de que si en su matrimonio había habido algunas pequeñas desavenencias fueron originadas por el carácter raro de Julián. Creía de buena fe que lo había hecho completamente feliz, como creía por habérselo oído repetir desde niña a su madre, que ella era no sólo muy hermosa, sino muy buena. Y esta convicción de su superioridad moral y física, halagada por sus padres, formaba el fondo de su carácter y era la excusa que se daba a sí misma para no sacrificarse por su marido.

—Yo me hubiese casado con quien hubiera querido —pensaba—, pero él no encontraría otra mujer como yo. Y la prueba es que me quiere con pasión y

que, al cabo de tanto tiempo de matrimonio, yo hago, como en el primer día de boda, lo que quiero de él.

Se presentó en un baile de etiqueta, dado con motivo del paso de un personaje ilustre por la ciudad resplandeciente de hermosura. Lasaleta pálido, demacrado, febril, hacía un violento contraste con la belleza de su mujer. Ésta no había engruesado y su talle flexible tenía ondulaciones de culebra cuando valsaba. Sus ojos azules, sombreados por largas pestañas, hubieran engañado al que no la conociera por su expresión de vaga ternura.

Julián estaba en un extremo del salón, próximo a una ventana para recibir el aire fresco de la noche, pues el ruido, el calor y el movimiento rápido y giratorio de las parejas empezaba a marearle, cuando Valdés se le acercó. Hablaron de mil cosas indiferentes, hasta que el doctor notó un pequeño estremecimiento en su amigo.

—¿Estás malo? —le preguntó cariñosamente.

—No; un poco de cansancio. Estuve trabajando hasta las nueve, en un asunto difícil, y ahora mismo aquí donde me ves tengo la imaginación preocupada. Pienso en ese pleito que ha de verse pronto en la audiencia, con verdadera ansiedad, pues si lo gano ha de volverme la confianza que han perdido en mí.

—Trabajas demasiado y vas a acabar por perder la salud. No se debe abusar de ese modo de las fuerzas.

—Pues aún me parece que trabajo poco, y quisiera multiplicar las horas del día, concentrar mis facultades, aun a riesgo de que mi cerebro estallara con tal de ganar dinero, mucho dinero.

Hubo una pausa. Valdés reflexionaba en lo que sabía por Luisa y Teresa de la historia de su amigo.

—¿Por ella? —preguntó al fin.

—Sí, por ella. Estoy en una situación falsa, desesperada. Me veo al borde de un abismo y no puedo retroceder porque algo más fuerte que mi voluntad me empuja.

—Pero si aún es tiempo...

—Ya es tarde. Me encuentro de tal manera cogido en el engranaje de esa máquina infernal, me impelen de tal modo sus resortes hacia adelante que ya no puedo retroceder.

—Deudas... compromisos... —indicó en voz baja Valdés.

—Sí, y ya ves, si tengo razón al decirte que necesito dinero, mucho dinero, y en lamentar que el día no tenga cuarenta y ocho horas para poder trabajar, aunque debiera volverme loco. Si hasta he llegado a deplorar que no haya más villanos en España, para que sus robos y latrocinios viniesen a parar a mi bufete.

—Lo que tengo es tuyo —dijo generosamente Valdés.

Estrechó las manos de Julián entre las suyas y notó que abrasaba.

—Debes irte a tu casa, estás malo, y ojalá no pagues caro este disparate. Voy a avisarle a Rosario para que os retiréis.

Valdés se acercó a la joven que estaba sentada en un grupo de amigas y le habló aparte.

—Dígale usted que no se impacienta —contestó Rosario—, y que en cuanto toquen este vals que tengo comprometido, nos iremos. Que recuerde que tiene en el bolsillo del chaleco el número de mi abrigo.

VIII

Julián estaba al día siguiente en pie, sin resentirse como temía el médico por aquella salida nocturna. Pero Valdés consideró que era deber suyo advertir a Rosario del peligro que aquella existencia agitadaísima constituía para su marido, cuya salud estaba ya muy minada. Era por lo tanto imprescindible un cambio de vida, y puesto que Julián se negaba con una terquedad funesta a reducir las horas de trabajo, debían disminuirse las salidas, sobre todo las nocturnas. Valdés no dudaba que al hablarle así se captaba una aliada poderosa, pues sólo ella, como había visto en épocas pasadas, tenía influencia para hacer a Julián cumplir las prescripciones del médico. Sería frívola, pero quería a su marido, y en cuanto supiera que su salud estaba en peligro, se apresuraría a hacer todo para curarle.

Rosario le oyó sin interrumpirle, pero prestándole poca atención, pues se acercaba la hora del paseo, y esperaba a la doncella para que la vistiese y peinase. ¡Aquel Valdés era tan inoportuno! La había sorprendido en bata, con *papillots*, y como estaba tocando el piano

no pudo excusarse de recibirle. Procuraba arreglar los pliegues de su traje, jugaba con el cordón de seda que ceñía su talle, deseando que Valdés se marchara cuanto antes, pues podía presentarse otra visita y sorprenderla en el mismo *negligé*. No le interrumpía, para que acabase más pronto, sabiendo que no hay nada que prolongue tanto un diálogo como las interrupciones.

—Usted que tiene tanta influencia sobre él —continuaba Valdés—, ayúdeme a convencer a ese loco. Julián no debe salir de noche y menos a esas fiestas que terminan tan tarde.

—Se lo he dicho ayer —dijo Rosario—, pero no quiere hacerme caso. Figúrese usted que yo puedo ir con cualquiera de mis amigas, vamos en carruaje con un cochero de confianza, y si él se pusiera malo, que no lo creo, quedaba Teresa en casa. Ella es muy dispuesta y lo atendería con el mayor cariño, pero Julián no quiso acceder por nada, y se empeñó en acompañarme.

—Lo mejor sería que se decidiera usted a quedarse en casa. Está enfermo y los enfermos son tan caprichosos...

—¿Yo? —exclamó la joven sorprendida e irritada de lo que consideraba una intrusión injustificable del médico—. Tiene usted extrañas ocurrencias, Valdés; y a la verdad, para una mujer joven y deseosa de divertirse como yo, el quedarse en casa cuidando a un enfermo

imaginario, a un monomaniaco, no tiene nada de halagüeño.

—Sin embargo, Rosario...

—¡Oh!, no insista usted. Ni aun a mi marido que es muy raro y que le gusta que lo mimen se le ha ocurrido proponérmelo.

Valdés desistió considerándose impotente para luchar contra un egoísmo tan frío, y que no se tomaba siquiera el trabajo de disimularse, y se dedicó a combatir por otros medios la enfermedad nerviosa que minaba a Lasaleta.

Entretanto, la situación había llegado a un punto en que era insoluble, y un escándalo, una demanda por deudas amenazaba deshonar el nombre de Lasaleta. Sus amigos le habían ido abandonando poco a poco, y se encontraba ya solo para hacer frente a la catástrofe que había previsto dos años antes. Aun vendiendo todo lo que poseía, faltarían algunos miles de duros para pagar.

Julián estaba encerrado en su despacho, sentado ante la mesa, y descansando la frente entre las manos. Esparcidos tenía ante la vista los papeles que atestiguaban su ruina, facturas, cuentas de modistas y de joyeros, recibos de prestamistas, todo el horrible acompañamiento de su naufragio social. Sus manos trémulas desdoblaban aquellas hojas de papel, algunas ya un poco

amarillentas que representaban en su mayoría costosos caprichos de Rosario.

Por un abrigo para la señora de Lasaleta, piel de zorro con vueltas de terciopelo...

4 000 reales

Por un traje de raso, encajes valencienes...

6 000 reales

Por cuatro sombreros de castor de terciopelo modelo de París forma czarina y otro de paja de Italia, última novedad...

2 000 reales

La noche había cerrado y tocó el timbre para que viniesen a encender el quinqué de su despacho.

Presentose la misma Teresa, y le rogó que fuese a decir a Rosario que deseaba hablar con ella. Quería luchar contra toda evidencia, arriesgar una última prueba que le permitiera descender al fondo del corazón de aquella mujer. Rosario no era mala, y a pesar de su frialdad y su egoísmo, no era posible que hubiese vivido tantos años a su lado sin tomarle siquiera un poco de afecto. Al saber la ruina de que era causa, tendría un movimiento generoso, y ofrecería sus mismas alhajas para rescatar su honor comprometido. No serían suficientes para pagar sus deudas, pero si Rosario fuese

capaz de darle aquella prueba de amor, y de aceptar con él, y por él, la pobreza, ¡con qué animo se pondría al trabajo!

La joven no venía de muy buen grado a la entrevista, pues tenía miedo a lo que Julián pudiera decirle. Precisamente el día anterior había tomado de casa de *mister* Forestier un adorno de cabeza formado por una media luna de oro con chispas de brillantes que había costado dos mil pesetas. ¡Pero era tan bonita! Aquella noche se la pondría para ir a la reunión de la señora De Longoria, y no podría menos de obtener un éxito.

Julián la atrajo dulcemente y la hizo sentar en una silla enfrente de él. Su mesa de despacho los separaba, y la luz del quinqué irregularmente distribuida, dejaba en la sombra los ángulos de la habitación, y arrancaba chispas relucientes al busto de bronce de Cervantes y a la escribanía de níquel en que descansaban las plumas. Le fue presentando en silencio cuentas, facturas y recibos, que ella miraba un momento y volvía a colocar sobre la mesa.

Estaba un poco impresionada, y la fisonomía de su marido, seria y triste, contribuía a desconcertarla más.

—Si te parece —dijo buscando un subterfugio para salir de aquella situación—, ya hemos visto bastante. Vamos a comer y mañana con más calma arreglaremos esos papeles.

Hizo un ademán para levantarse, pero Julián la detuvo.

—No, es mejor que acabemos de una vez. Aquí tienes la prueba de que no te engañaba al decirte que era una locura que gastaras como lo hacías, y que pronto o tarde, pronto por desgracia, llegaríamos a una catástrofe. Hoy puedes convencerte de que estamos arruinados. Ahí tienes las cuentas de Forestier. Sin contar lo pagado, que sabes que constituye una fortuna, se le deben cuatro mil duros.

—¿Tanto?... no creí a la verdad... —y Rosario se turbó pensando en lo que diría su marido cuando supiera la compra de la media luna de brillantes, pero dispuesta a emplear toda su influencia sobre él para no devolverla.

—Hay que concluir —dijo Lasaleta mirándola fijamente—. Debemos dejar esta casa y reducir los gastos.

—Nunca —replicó ella vivamente—. Debe haber algún medio de evitarlo.

—¿Cuál?

—No lo sé, pero como hemos vivido hasta ahora podremos continuar viviendo. ¿Qué importa que haya dos cuentas más o menos en tu gaveta? Por lo mismo que como dices debemos mucho, nada importa deber un poco más.

Lasaleta abrió un cajón de la mesa de despacho, y le presentó sin hablar la carta en que se le amena-

zaba con llevarle a los tribunales, en deshonrarle, si no pagaba.

—Y como te he dicho hace un momento, no tengo nada.

—¿Cuánto necesitas? —preguntó Rosario vivamente.

Lasaleta tuvo una luz de esperanza. Iba a ofrecerle sus alhajas, aquella fortuna, que guardaba encerrada en su cofrecillo, y que representaban en perlas y diamantes, aun vendidos a bajo precio, el triple de la suma que necesitaba.

—Por ahora, para esa demanda —y su voz temblaba con extraña emoción—, cuatro mil duros. Más adelante veremos.

Hubo una pausa. Rosario reflexionaba.

—¿Y por qué no se los pides a cualquiera de tus amigos? Creo que bien podrían hacerte ese favor...

Detúvose al ver la expresión del rostro de Julián, cuyos labios se habían contraído nerviosamente, y dibujaban algo como una sonrisa dolorosa.

—Alberto, por ejemplo —continuó la joven—. Te debe muchos favores, y es muy justo que los pague. Yo no entiendo de negocios, pero me parece...

—Sí, sí, basta.

—Yo te ayudaría, pero bien sabes que nada tengo y, por lo tanto, no puedo venir en tu auxilio. No sé qué

idea te dio de llamarme, como si yo entendiera de esas cosas. Arréglalas como puedas, si como dices necesitas imprescindiblemente ese dinero. Debe haber algún medio para pagar.

—Lo hay —dijo Lasaleta con voz sombría—, y pagaré.

Rosario le miró un momento sorprendida, y luego se echó a reír.

—¡También tú eres raro! —dijo poniéndose de pie para marcharse—. Teniendo el medio de pagar, de continuar viviendo como vivimos, porque no dejaremos la casa, ¿verdad, Julián, que no le impondrás ese tormento a tu mujercita que tanto te quiere?

—No dejarás la casa.

—Pues si vamos a vivir como antes, ¿a qué darme este susto tan terrible y hacerme creer que estábamos completamente arruinados? ¡Tienes tú unas extravagancias que hay días en que pareces loco!

Lasaleta se había inclinado sobre la mesa, y volvía a poner en orden los papeles, sin levantar la vista hacia ella.

—¿Vienes esta noche a casa de Longoria? Ya sabes que estoy invitada a tocar el piano, y probablemente escogeré el *Rondeau* de Mendelssohn que tanto te gusta.

—No puedo acompañarte, tengo que hacer, y emplearé la noche en arreglar este asunto.

Se acercó a ella, y la abrazó nerviosamente con delirio, casi haciéndole daño. La frente de la joven coronada de *papillots* para la próxima fiesta chocó con el pecho de su marido y casi pudo percibir los latidos de su corazón.

—¿No vienes? —le preguntó al ver que no la acompañaba—. La comida debe estar ya puesta.

—No tengo apetito. Hasta luego que me reuniré con vosotras.

Las dos mujeres se sentaron solas a la mesa, y dieron orden al criado que le guardara la comida al señorito por si la pedía más tarde. Rosario pasó a su cuarto a arreglarse para ir a la reunión, y después de un largo rato se presentó elegantísimamente vestida con un traje de crespón y gasa crema, que sentaba bien a su figura espiritual, y llevando en la cabeza, entre los rizos castaños, un poco empolvados por coquetería, la media luna de brillantes. La tenía puesta en forma de diadema y constituía con el collar de perlas su único adorno. Teresa la acompañó hasta el coche y le entregó el abrigo y el abanico cuando estuvo cómodamente sentada.

Volvió Teresa a la sala, y para entretenerse mientras llegaba Rosario, que debía tardar, cogió una novela, que había quedado sobre una mesita. La intriga le interesó, y cuando ya llevaba leídos los primeros capítulos, oyó el timbre del despacho de Julián, y se levantó rápidamente para ir a ver qué se le ofrecía.

—Una taza de café —dijo Lasaleta sin levantar la cabeza de lo que estaba escribiendo. La misma Teresa fue a preparárselo, y se lo trajo aguardando de pie a que lo tomara para retirarse.

—¿Ha salido Rosario?

—Sí, señor.

Lasaleta estaba sentado delante de su mesa de despacho, rodeado de papeles que parecieron a la joven cuentas o recibos. La expresión sombría de su rostro, la amarga contracción de sus labios y, sobre todo, sus ojos que tenían un brillo extraordinario, alarmaron un poco a Teresa. Pero estaban todos tan acostumbrados a su excitación febril, sobre todo cuando trabajaba hasta tarde, que no le dio importancia.

—Puedes retirarte —dijo al ver que aún no se había ido.

—Si me necesita usted no tiene más que llamar.

Julián apartó con mano nerviosa aquellos papeles, para hojear las cuentas de la joyería de *mister* Forestier, que ascendían a una suma inverosímil. Perlas, brillantes, esmeraldas y zafiros, ya solos, ya combinados en artísticas alhajas, habían salido de aquella tienda para satisfacer la vanidad insaciable de Rosario. Representaban por sí solos una fortuna, y eran la primera causa de aquella ruina. Lasaleta, al apartar la vista de aquellos papeles, tropezaba con el retrato de Rosario, colocado en artístico marco sobre la mesa, como si en su pasión insensata hubiera querido tenerla siempre presente. La fotografía había copiado bien su rostro de líneas purísimas, en que los ojos tenían tan vaga expresión. Los labios finos conservaban su sonrisa, como estereotipada en ellos, y la frente estrecha que encuadraban los rizos castaños completaba bien aquel rostro bellissimo. Lasaleta la contempló mucho tiempo, como si no la conociera.

Tenía el retrato en la mano, pero su imaginación estaba lejos de allí, recordando la historia de su vida, su juventud sin amores y su virilidad en que una pasión funesta había consumido salud, fortuna, dicha y hasta la honra. Aquella mujer le costaba más que si hubiese sido

una querida. Recordaba la noche en que se hizo presentar a ella, y en la que su hermosura y su aire de candor le enamoraron tan locamente. Estaba tocando el piano, vestida de azul, con ese azul pálido que sienta tan bien a las blancas, y la agitación de la música había hecho poner sonrosadas sus mejillas de ordinario pálidas.

Ella le dijo después, en las primeras expansiones, que se había puesto encarnada al advertir por un espejo su presencia, pues sabía por Luisa que iba a la casa por conocerla. ¿Había mentido al hablar así, o realmente, aun durante un minuto, le había amado? Julián no lo sabía, y dudaba de ella con la desconfianza a que su vida desventurada le daba derecho.

Se levantó con un movimiento brusco, dejó el retrato, y empezó a recorrer el despacho a pasos desiguales, con los brazos a la espalda. La noche era oscura, y no entraba más luz en la habitación que la que provenía de un farol de la acera de enfrente. Los objetos tomaban formas inverosímiles, agrandadas por la sombra sin que Lasaleta interrumpiera su paseo febril. Mil ideas confusas e impracticables se cruzaban en su cerebro, y quería, luchando contra la evidencia, resolver aquella situación insoluble.

Proponerle a Rosario, en nombre del honor en que no creía, que se deshiciera de sus alhajas para pagar aquellas deudas, y que se redujera a vivir modesta-

mente, a dejar aquella casa y tomar otra más pequeña, a prescindir del carruaje y del lujo a que estaba acostumbrada, era absurdo. Diría terminantemente que no, y su última tentativa que tuvo tan mal éxito era una prueba. Había luchado en los últimos años desesperadamente para ganar con qué pagarle sus caprichos, y la suerte le abandonaba, y su clientela disminuida no bastaba a asegurarle ni aun la renta de otros tiempos. Se sentía gastado, envejecido antes de la edad, y sin ánimo para empezar de nuevo la lucha. En aquella vida febril había habido días en que su cerebro sometido a tan altas presiones amenazó estallar y creyó volverse loco.

Tenía otro medio, pero ante el que retrocedía con espanto. Podía obligar a Rosario a que mudara de vida, provocando su odio y preparándose una existencia de tormentos, pues la conocía bien para saber que sería implacable.

Ni por un momento le ocurrió la idea de acudir a Alberto, según le indicó Rosario. Alberto no era rico, y si bien había hecho algunas economías, tenía mujer y tres hijos, por los que se sacrificaba para asegurarles un porvenir. Indudablemente, si él le escribía pidiéndole la cantidad que necesitaba, Alberto no vacilaría en dársela, aun privándose de lo necesario. Lo quería como a un padre, y consideraría aquella ocasión como el medio de pagar todos sus beneficios. Pero ¿para qué? Era

perderle sin salvarse. Aquellos cuatro mil duros constituían una gota de agua en su naufragio, y el dinero que Alberto le remitiera privando de él a Angustias y a sus hijos lo derrocharía en poco tiempo Rosario en necios y costosos caprichos. No: nunca tendría el egoísmo de acudir a su hermano, y ni aun le escribiría cuatro renglones para obligarle a satisfacer sus deudas. Si estaba perdido, debía perderse solo y no sacrificar el porvenir de aquellas personas queridas por prolongar una situación desesperada.

Se detuvo en su paseo cerca de la ventana y apoyó su frente ardorosa en los cristales. Nuevas reflexiones vinieron a atormentarle, la imagen de aquella mujer que no podía apartar un momento de su imaginación le perseguía y se acercó a la mesa dejándose caer en el sillón. Sí, la conocía bien. Rosario no era naturalmente viciosa, tenía un temperamento frío, refractario al amor, pero lo aceptaría todo, iría hasta el delito antes que conformarse a los treinta y dos años, en el esplendor de su hermosura, con prescindir del lujo en que había vivido. No le amaba, y no tenía tampoco firmes creencias religiosas, ni ese noble sentimiento del deber que pudieran detenerla al borde del abismo. Hasta entonces no había sido más que desgraciado; más allá estaba el deshonor.

La idea de la muerte, que más de una vez le había ocurrido en épocas pasadas, se le presentó como una

solución. Su honra estaba comprometida, y no podía pagar, solventar aquellas deudas, más que con su sangre. El mundo que le acusaba ya de falsario vería bien que se engañaba, que por bajo que hubiera caído no era un miserable. Su suicidio sería su rehabilitación.

Se levantó, dio algunos pasos por el cuarto y maquinalmente se acercó a la ventana que había quedado abierta. ¿Dónde había puesto la caja de sus pistolas? Las había comprado en Madrid por curiosidad, admirando el primoroso trabajo de sus culatas, sin pensar que algún día podría necesitarlas. Sirvieron luego para un duelo, y entonces se vio que eran armas muy buenas. Debían estar en un cajón del mueble que servía de archivo, donde recordaba haberlas puesto últimamente. Cogió el quinqué con mano insegura y se dirigió a la habitación contigua al despacho, donde se hallaban las mesas de trabajo de los pasantes. Se detuvo. El reloj acababa de dar diez campanadas y a aquella hora Rosario debía estar en casa de Longoria, rodeada de hombres y sonriendo feliz a sus necias galanterías. Y él, entretanto, iba a matarse, deshonorado, perdido por aquella mujer. Sus dedos se crisparon convulsamente, y un dolor agudo, nervioso, le hizo respirar con fuerza. Sentía miedo de morir, miedo de dejarla sola, con su hermosura y lo que ya llamaba su perversidad. Tenía treinta y dos años, estaba en el apogeo de su vida, y era

insensato pensar que guardaría fidelidad a su memoria. Otro hombre, quizá alguno de sus amigos, iba a poseerla, a ser dueño de ella, a hacerse tal vez amar, y esta idea encerraba el germen de una tortura infinita.

Abrió el cajón, y la vista del arma, el contacto frío del acero, le hicieron volver en sí, disipando en parte la dolorosa obsesión. Si iba a morir, a volver a la nada, al no ser, ¿qué le importaba lo que Rosario hiciera en el mundo? La idea de Dios, del Dios de su madre cristiana, a quien rezara muchas veces en la capilla que había frente a la humilde casa en que transcurrió su infancia, se le presentó como un reproche. Nunca se es completamente ateo, si en la niñez, cuando el alma es como cera blanda, y se está vaciando en el molde que formará más tarde el carácter, se tiene al lado una madre cristiana que arraigue en el fondo del alma la idea de Dios. Su juventud estudiosa, los libros de los filósofos y pensadores alemanes que leía borrarón y empalidecieron aquella imagen, pero no pudieron arrancarla.

Cogió el arma, la cargó cuidadosamente y volvió al despacho. La puerta estaba cerrada, aunque sin llave, pero tenía corrido el *portière* y la alfombra apagaba el ruido de sus pasos. Julián tenía fiebre. Empezó a escribir la carta al juez, diciendo simplemente que se quitaba la vida por no poder pagar sus deudas, y después de concluida firmó rápidamente y le escribió cuatro

palabras a Valdés para recomendarle a Teresa. ¡Pobre muchacha! era fea, y su bondad, su abnegación, todas sus brillantes cualidades quedaron oscurecidas. No había hallado un hombre que se casara con ella, donde Rosario, la hermosa Rosario, tuvo los pretendientes a docenas.

La carta a su mujer le llevó mucho tiempo. La pluma corría febrilmente sobre el papel, y Julián amontonaba quejas, acusaciones que tenían la amargura de la desesperación. Su vida entera, su corazón destrozado por aquel amor violento lo ponía a descubierto ante los ojos de la joven. Quería que su muerte tuviera la elocuencia que no había tenido su vida, y arrojarla de rodillas ante su tumba, temblorosa y bañada en lágrimas. Sabría que iba a morir por ella, por no haberle sabido negar nada, y que su nombre, aun siendo ella la causa de su muerte, era el último que pronunciarían sus labios. Sí, prefería la muerte miserable del suicida a vivir arruinado al lado de ella, y tener que soportar sus crueles reproches.

Lasaleta concluyó de escribir, puso el sobre con letra desigual y, colocando las tres cartas de modo que pudiesen ser fácilmente vistas, se apoderó del arma. Apoyó el cañón de la pistola en la boca y disparó.

Teresa dormitaba en la habitación próxima, reclinada en el sillón, y teniendo en la falda, abierto todavía,

el libro de la novela que cogiera para entretenerse un rato. Había oído entre sueños que el reloj daba doce campanadas, pero no escuchando ningún ruido de la casa, y sintiéndose realmente cansada, no se decidió a levantarse, aguardando a que llegara Rosario. Pero al sonar el tiro, se precipitó como loca en el despacho.

Allí yacía Lasaleta como una masa informe, con el cráneo destrozado, y a pocos pasos estaba la pistola que le sirvió para quitarse la vida. En el centro había una gran mancha de sangre, que absorbía la alfombra, y el cuero del sillón, y los papeles que estaban más próximos al cadáver tenían también salpicaduras. Al grito desgarrador que dejó escapar Teresa, horrorizada ante aquel espectáculo, acudieron los criados, los vecinos y un agente de policía. Poco después llegó Valdés, que vivía cerca, y a quien mandaron a llamar.

En medio de la confusión producida, y sin que nadie se atreviese a tocar el cadáver hasta la llegada del juez a quien se había pasado aviso, se detuvo un carruaje a la puerta y Rosario envuelta en su largo abrigo de pieles blancas subió rápidamente la escalera. Al llegar a la sala se detuvo sorprendida de encontrar allí tanta gente que no conocía, y cuya presencia no podía explicarse.

Teresa enjugó rápidamente sus ojos anegados de lágrimas, y corrió a detenerla para que no penetrase en el despacho. Pero Valdés que sabía bien la causa de

aquel crimen, que había asistido a las escenas del drama que se desenlazaba allí, y para quien aquella mujer era odiosa, con un movimiento de esos que no se razonan apartó bruscamente a Teresa, y cogiéndola por la muñeca la arrastró hasta el umbral de la puerta, desde donde era visible el cadáver.

Rosario lanzó un grito horrible, se deshizo con violencia de la mano de Valdés, y fue retrocediendo, pálida, con la mirada extraviada, hasta el centro de la habitación. Andaba de espaldas, sin poder apartar los ojos de la puerta, y sus facciones contraídas por el terror tenían algo de la expresión de la demencia. La cola le estorbaba para retroceder y tropezaban sus zapatos de raso, de altos tacones, con los pliegues del vestido y con el abrigo que sus movimientos bruscos habían desprendido de sus hombros.

Estaba tan lejos de esperar aquella catástrofe, al volver a su casa después de una fiesta en que se había divertido —el terror y, sobre todo, la vista de la sangre y de aquella masa horriblemente destrozada, le decían que era su marido—, que perdió el conocimiento. Teresa y la doncella la llevaron a su lecho y la velaron toda la noche, pues tuvo un poco de fiebre nerviosa, y gritaba y lloraba a ratos. Valdés le recetó, por las súplicas de Teresa, una poción de cloral con la que logró calmarse a la madrugada.

X

Estaba muy adelantada la tarde cuando se despertó y habían sacado ya el cadáver de la casa, aprovechando su sueño, por indicación de su madre que quería evitar una escena desgarradora. La poca claridad que dejaban filtrar las cortinas se mezclaba con la luz de la *veilleuse* de cristal azul que Teresa acababa de encender, y que arrojaba sus pálidos destellos a los pies del alto lecho de madera. La primera impresión de Rosario al despertarse fue de estupor, y sus ojos recorrieron con vaguedad la mal alumbrada alcoba logrando distinguir en el fondo, hundida en su sillón-cama donde había pasado la noche, a su madre que sollozaba.

Aquel llanto hizo volver a la joven a la realidad, recordándole la espantosa catástrofe, y evocando en su cerebro el cuadro del despacho, con el cadáver ensangrentado, y el grupo de gente que le rodeaba. Sus nervios experimentaron una sacudida, y bajo la manta que la cubría se estremeció su cuerpo con violentos escalofríos, y como si tuviera la imagen delante, con un movimiento pueril, para no verla, se volvió hacia la pa-

red. La idea de que su marido había muerto, dejándola sola, abandonada en el mundo sin nadie que la aconsejara para salvar las dificultades que preveía vagamente, la llenaba de terror. ¿Qué haría para vivir, ella que no conocía de la vida más que los secretos del tocador, al faltarle su apoyo y su consejero? Esta idea la paralizaba de espanto, y adivinaba un porvenir sombrío, que aquella muerte trágica inauguraba para ella. Julián había hecho muy mal en matarse. ¿Acaso un hombre tiene derecho para quitarse la vida, para abandonar a su esposa dejándola entregada a mil perplejidades? Porque, al fin, no eran ricos. La noche anterior lo había oído de sus labios y sabía que estaban casi arruinados. Era una mala acción quitarse la vida en aquellas circunstancias, sin pensar en el dolor que experimentaría ella, que tanto le quería, y sin reflexionar la situación que le creaba dejándola sin recursos.

Teresa se acercó de puntillas al lecho inclinándose para ver si dormía. Rosario abrió los ojos, y deseando hablar para rechazar las ideas que la atormentaban, la hizo sentarse cariñosamente en el borde de la cama. Sus brazos delgados salían de las anchas mangas de la camisa, y pasó uno de ellos alrededor de la cintura de Teresa, para aproximarse más, buscando instintivamente un apoyo.

—¿Comprendes esto? —decía casi a su oído—. Nosotros que éramos tan felices, que nos queríamos

tanto, y que sin esta horrible catástrofe hubiéramos podido vivir siempre dichosos. Tú que vives con nosotros sabes que no pensaba más que en complacerle, que sufría con paciencia sus caprichos, porque, el pobre, ¡era tan bueno!, y que nunca tuvimos un sí ni un no.

—¡Tanto como te quería!

—Es verdad, y ahí tienes tú otra cosa que no me explico. Por la tarde estuvo hablando conmigo, tranquilo y contento, y hasta me ofreció irme a buscar a casa de Longoria. ¡Es inconcebible! Al llegar aquí no sé cómo no me volví loca, y luego ese salvaje de Valdés, empeñado en que viera el cadáver como si *aquello* —hizo un movimiento de horror— fuera Julián.

La madre, al oírla hablar, se había acercado y se apoyaba en la cabecera del lecho.

—Vamos, Rosarito, hija mía, no te exaltes. Vas a volverte a poner mala, y me darás un disgusto. ¡Dios haya perdonado a ese loco! Pero a la verdad no sé qué idea le dio de matarse en su casa. Siempre he oído decir que los suicidas se van a un hotel, a un café, a cualquier parte, pero no dan esos espectáculos a su familia. No sé cómo no te caíste muerta.

—¡Oh! —dijo la joven estremeciéndose—, tienes razón, mamá. Ya que Julián quería matarse, dejarme abandonada y sola, sin pensar en mis dolores, me debía a lo menos la consideración de no suicidarse aquí, casi

a la hora en que yo debía llegar de la fiesta, para hallar un cadáver ensangrentado en lugar de mi marido. ¡Si me hubiera querido como yo a él, no me daría esta horrible pena!

—Perdónalo, hija mía, mi pobre Rosarito, a los muertos no se les guarda rencor. Estaba loco y no supo lo que hacía.

Teresa oía silenciosa, con el alma dolorida, aquella conversación. Tal era el epitafio, la oración fúnebre del hombre que tanto había amado a Rosario, y que, lo entreveía vagamente, debía haber muerto pronunciando su nombre. No conocía los detalles del horrible drama que desenlazaba el suicidio, pero adivinaba con instinto femenino que como Julián idolatraba a su mujer, ella debía entrar por mucho en aquella muerte trágica.

Recordó su actitud la noche anterior, su rostro sombrío, y el tono con que le había preguntado si había salido Rosario, y comprendió que ya entonces meditaba el crimen. En la mesa tenía cuentas, recibos, pagarés y aquellas ricas alhajas, aquel boato que gastaba su mujer, debieron apresurar, si no causar su ruina. Lasaleta no se había suicidado en un acceso de locura, como daba a entender su suegra. Moría porque estaba arruinado, porque no podía pagar las sumas enormes que debía y porque prefería la muerte al deshonor. Por deducciones Teresa llegaba a acercarse a la verdad, pero sin

penetrar el doloroso secreto del suicida y adivinar que era la causa, más que aquella ruina, una pasión violenta.

El suicidio se probó fácilmente con las cartas que dejó Lasaleta escritas y que no daban otra explicación a su muerte más que la imposibilidad en que se hallaba de poder pagar sus deudas. También leyeron el médico y su mujer las cuatro palabras de cariñosa despedida, sin ninguna alusión a la causa que motivaba su suicidio, en las que les recomendaba a Teresa.

La carta que dejó escrita para Rosario, la abrió y leyó la madre de ésta, quemándola inmediatamente después para que su hija no pudiera enterarse nunca de su contenido. Según ella, Lasaleta hacía tiempo que andaba medio loco, y aquel trágico desenlace probaba bien que no se había engañado.

Alberto, avisado por un telegrama que le dirigió Valdés del suicidio de su hermano, llegó a los dos días. Inmediatamente fue a ver a Rosario, que le recibió silenciosa y afligida, y le propuso si quería irse a su casa a pasar una temporada con Angustias; pero la joven, a quien halagaba poco la idea de aquel viaje, no aceptó. Se había mudado con su madre, y aguardaba a que Alberto, como abogado, arreglara los embrollados asuntos de su marido para tomar una determinación definitiva. Aunque Julián no le había escrito para que se hiciera responsable de sus deudas, el joven aceptó espontáneamente

todos sus compromisos, dispuesto a sacrificar cuanto poseía para que no padeciera menoscabo la honra del hermano que veneraba.

Hizo arreglos con los acreedores, consiguió vender una finca rústica que tenía en la provincia y, deshaciéndose de algún papel del Estado, y de otras cantidades en efectivo, logró colmar el déficit sin necesidad de contraer deudas. Pero a medida que pasaron los días, al principio por las medias palabras de Valdés, y de algunos amigos, y, por último, al pagar las fabulosas cuentas de *mister* Forestier, concibió la duda, que se trocó en certidumbre, de que Rosario era la causa de la ruina de su hermano. No podía saber, aunque lo adivinaba, si Julián le había propuesto reducir los gastos y ella se había negado, o si guardaba para sí todos los disgustos y la joven estaba ignorante de la situación hasta el momento de la catástrofe. La compadecía, veía en ella la viuda de su hermano, pero la idea de que había causado directa o indirectamente su muerte se la hacía antipática.

Rosario quedó mejor de lo que creía, pues no sólo conservó la fortuna que tenía en alhajas y de las que no estaba dispuesta a desprenderse, sino que recibió íntegro el producto de la venta de su rico mobiliario, pues Alberto sólo se reservó la biblioteca que hizo transportar al pueblo donde vivía. Las últimas entrevistas entre los cuñados fueron tirantes, pues Alberto la trató

con sequedad, a la que correspondió ella con marcado desdén. Para nada le necesitaría en el porvenir, y el empeño de Alberto de pagar él solo las deudas y hablar de compromisos sagrados y de deudas de honra, algunas frases un poco duras que se le escaparon al decirle que las cuentas de *mister* Forestier quedaban solventadas, la irritaron en extremo, pues no le reconocía derecho para juzgar su conducta.

Ella no quedaría arruinada, pues su madre era rica y todo lo que poseía llegaría a ser suyo, y les aseguraba a las dos una buena renta que le permitiría vivir bien. Pero quería salir de aquella ciudad, en que adivinaba tenía ya pocas simpatías y en la que el suicidio de su marido la hizo objeto de muchas críticas. Marchose al poco tiempo, yendo a vivir con su madre a Madrid.

Sus relaciones habían quedado cortadas en absoluto con Luisa desde la noche en que Valdés la trató tan *salvajemente*, según decían ellas, y ni aun a Teresa le escribía.

Pero, dos años después, el médico tuvo que ir a la corte para asuntos de su profesión, y la vio, casualmente en paseo, aunque sin acercarse a saludarla. Vestía de gris, pues ya no llevaba el luto de su marido, y continuaba siempre hermosa y elegante, pues aquella catástrofe parecía no haber alterado la serenidad de su vida.

NOTICIA DEL TEXTO

Carmela Eulate Sanjurjo, discípula de Ana Roqué de Duprey —figura fundamental en la lucha por la ampliación de oportunidades sociales y educativas para las mujeres—, publicó *La muñeca* en 1895 (Ponce, Puerto Rico), novela considerada hoy por la crítica como texto de transición de la prosa romántica puertorriqueña a la realista. La edición incluyó un prefacio a cargo de Manuel Zeno Gandía, representante del naturalismo en Puerto Rico y autor de *La charca*. En 1920, *La muñeca* se publicó también en España (Barcelona, Guasch), país de residencia temporal de la escritora. “Novelas en la Frontera” sigue esta versión.

La Universidad de Puerto Rico realizó una edición crítica en 1987 (San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña), con introducción y notas hechas por Ángel M. Aguirre; esquema biográfico y bibliografía de Carmela Eulate Sanjurjo, elaborados por Loreina Santos Silva; además de mantener el prefacio original. Esta edición se reimprimió en 1994, 2000 y 2007. En su introducción, Aguirre menciona una publicación de

La muñeca, por entregas, de agosto a octubre de 1903, en *El Carnaval. Revista de Literatura y Arte* (San Juan, 1902-1911). Con introducción y notas de Miguel Ángel Náter, en 2016 la editorial Tiempo Nuevo sacó a la luz la edición más reciente de esta novela corta.

La crítica de su tiempo calificó a *La muñeca* como inmoral, pues la *femme fatal* no recibe ningún castigo por su conducta. No obstante, Sylvia López rescata una carta de la autora en la que afirma “la inmoralidad consiste en que la protagonista es una mujer moderna, una muñeca de carne que por afán al lujo, procurara la tragedia de la obra muy realista, y para ser moral, esa mujer debió ser castigada literariamente, y en mi obra realista, queda impune”.⁵

⁵ Sylvia López, “Carmela Eulate Sanjurjo’s *La muñeca*: Narcissism, Education, and Luxury”, *Decimonónica*, vol. 8, núm. 1, 2011.

CARMELA EULATE SANJURJO TRAZO BIOGRÁFICO

Carmela Eulate Sanjurjo nació el 30 de agosto de 1871, en San Juan, Puerto Rico. Educada en una familia española de alta posición social, fue hija de Julia Fernández Sanjurjo y Antonio Eulate y Fery, almirante de la Marina y diplomático español. Debido a la profesión de su padre, visitó diversos países y recibió una educación privilegiada en Cuba y España, lugares donde estudió música, pintura e idiomas.

En su juventud, Eulate Sanjurjo acudió a múltiples tertulias con diferentes intelectuales puertorriqueños, como Manuel Fernández Juncos, Manuel Zeno Gandía y José Julián Acosta, entre otros. Fue novelista, poeta, cuentista, ensayista, traductora, conferencista, concertista de piano, musicóloga y pintora. Destacó por sus novelas y ensayos. Comenzó a publicar cuentos desde los quince años en varias revistas de Puerto Rico, en especial la *Revista Puertorriqueña*, dirigida por Fernández Juncos. Publicó cuentos en *La Ilustración Puertorriqueña*, *El Correo de Puerto Rico*, *Revista de Cuba*, *La Mujer* y *El Correo de Ultramar*.

Eulate Sanjurjo se dio a conocer como novelista a los 24 años con *La muñeca*, prologada por Zeno Gandía. Se publicó en 1895 en la ciudad de Ponce y, posteriormente, por entregas en *El Carnaval*, de agosto a octubre de 1903. Es autora de *Marqués y marquesa* (1911), *Desilusión* (1912), *El asombroso doctor Jover* (1930), *Teresa y María* (1936), entre otras novelas.

A partir de 1898, su obra se incrementó al residir en España. En Barcelona continuó su labor periodística y sus colaboraciones se publicaron en Puerto Rico, Sevilla y Valencia. Impartió conferencias sobre una amplia variedad de temas. Como ensayista destaca con *La mujer en la historia* (1915), *La mujer en el arte. Inspiradoras* (1915), *La mujer en el arte. Creadoras* (1915) y *La mujer moderna* (1924). El contenido de éstos presenta la postura feminista de Eulate Sanjurjo, defensora de los derechos sociales y educativos de la mujer. Asimismo, escribió biografías de destacadas intelectuales y de músicos como Mozart, Schubert y Chopin.

Por sus conocimientos de la cultura y la lengua árabe, se convirtió en una arabista y una orientalista de mérito. Su libro *Cantigas de amor* (1920) le valió un puesto como miembro de honor en la Arcadia de la Academia de Roma, donde figuró con el seudónimo griego de Dórida Mesenia. En 1921 publicó una *Antología de poetas orientales*, que incluye autores hindúes,

hebreos, afganos, persas, chinos y japoneses. Posteriormente, hizo dos adaptaciones para jóvenes: *El Ramayana* (1929) y *Sakuntalá* (1936). En 1933 reunió la *Antología de poetas occidentales*, con traducciones de Byron, Wordsworth, Tennyson, Shelley, Heine, Poe, Musset, Verlaine, entre otros. También vertió al español a Gabriele D'Annunzio, Giosùe Carducci, Albert Samain, Víctor Hugo y Friedrich Schiller. Recibió el diploma de miembro del Spanish American Atheneum o Hispanic Atheneum de Washington, en reconocimiento a sus versiones de Shakespeare.

Carmela Eulate Sanjurjo realizó la mayor parte de su labor fuera de los círculos intelectuales de Madrid. Este hecho, según algunos críticos, originó la falta de reconocimiento de su obra, además de ser considerada extranjera en España. Falleció el 3 de julio de 1961 en Barcelona. Dejó alrededor de veinte obras inéditas, entre ellas “La mujer en el hogar”.

NOVELAS en la FRONTERA

Gustavo Jiménez Aguirre, director

CONSEJO ASESOR

Sarah Aponte, The City College of New York

Maricruz Castro Ricalde, Tecnológico de Monterrey, Toluca

José Ricardo Chaves, Universidad Nacional Autónoma de México

Adrián Curiel Rivera, Universidad Nacional Autónoma de México

Verónica Hernández Landa V., Universidad Nacional Autónoma de México

Dante Liano, Università Cattolica del Sacro Cuore

Consuelo Meza Márquez, Universidad Autónoma de Aguascalientes

Begoña Pulido Herráez, Universidad Nacional Autónoma de México

Cira Romero, Academia Cubana de la Lengua

Rubén Ruiz Guerra, Universidad Nacional Autónoma de México

Margaret Elisabeth Shrimpton Masson, Universidad Autónoma de Yucatán

Arturo Taracena, Universidad Nacional Autónoma de México

COMITÉ DE INVESTIGACIÓN Y EDITORIAL

Laura Águila • Braulio Aguilar • Joshua Córdova • Gabriel M. Enríquez

Hernández • Luis Gómez Mata • Verónica Hernández Landa Valencia

• Gustavo Jiménez Aguirre • Eliff Lara Astorga • Luz América Viveros

DISEÑO Y COORDINACIÓN VISUAL DE LA COLECCIÓN

Andrea Jiménez

PORTADA

Gonzalo Fontano

SERVICIO SOCIAL

Alejandro Bernal • Diana Ramos



La muñeca se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 26 de agosto de 2020. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm y Simplon Norm Light de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de NORMA B. CANO YEBRA. La edición estuvo al cuidado de BRAULIO AGUILAR.